

Taller virtual 3

Una llave...



y otros papeles

Compilado por
Beatriz Chiabrera de Marchisone

Quiero agradecer a todos aquellos que enviaron sus textos.

A ellos va dedicada esta antología.

El contenido de los textos corre por cuenta de sus autores.

PREFACIO

Este taller surge con motivo de la pandemia mundial de coronavirus, que comenzó a fines de 2019 en China, y se extendió al mundo entero, imponiendo una cuarentena en distintos lugares. Éste ya es el tercero de una serie de talleres que irán cambiando de tema, a través de una fotografía.

La necesidad de escribir es siempre una salida en los momentos de crisis, y un espacio compartido es siempre un lugar de encuentro. Algunos asocian lo que escriben con la realidad; otros apelan a la ficción, para escapar de ella.

La variedad de temas que despertó la imagen es sorprendente. Llaves y papeles que revelan secretos, despiertan recuerdos guardados en cofres y cajones, o desencadenan tragedias. Hay llaves que salvan,

Lo cierto es que los papeles y las llaves que encontramos, son siempre un misterio, con historias por descubrir.

Los textos llegaron desde distintas provincias de Argentina, desde otros países de América (Chile, Uruguay y Colombia), y desde Europa (España).

La idea de recopilar los escritos en una antología aparece como forma de valorar el esfuerzo de los escritores, y apreciar los distintos géneros, temas, tonos y enfoques que se pueden aplicar a través de una misma imagen.

El orden de las obras- cuentos, poemas y relatos- responde al orden en que fueron recibidas y publicadas en el blog:

beatrizchiabrerademarchisone.blogspot.com.

Tomemos esa llave que nos abrirá una puerta hacia la ficción y hacia la poesía, revelándonos una vez más, los pensamientos y sentimientos de sus autores.

Beatriz Chiabrera de Marchisone

Recopiladora

1- LLAVES
Anahí Duzevich Bezoz
Cañada de Gómez – (Santa Fe- Argentina)

Olor de jazmines poblando silencios
llaves tintineando amedrentando mi sueño.
Las paredes atraparon tu espejismo
las veredas supieron de tus pasos.

Dejaste las llaves
los rincones llenos de ti
los jazmines marchitos.

La puerta abierta.

2 – CUANDO MARÍA DE CARRIÓN
Daniel de Culla
Vallelado- (Segovia- España)

Cuando María de Carrión, señora adinerada e importante de Llantada, lugar cercano a Carrión der los Condes, Palencia, donde comenzó la batalla entre castellanos y leoneses, le dijo a su doncella que llevaba puesto un penacho o llorón formado por plumas que se doblan y caen hacia abajo:

-Dadle a mi burra que llegará primero a Golpejares,

ella marchó al comedor de la casa señorial, donde había pasado unos días el rey Sancho, cuando era perseguido por su hermano Alfonso, en la que había una biblioteca importante con una caja de caudales en uno de sus bajos.

Tersa y resbaladiza, la doncella se acercó a la caja de caudales, sorprendiéndose que estaba abierta y vacía.

Mirando hacia la mesa escritorio, vio con alegría que sobre un papel arrugado había una seria de hojas que parecía documentos vueltos del revés, uno sujeto a una pinza, y la bella llave dorada con filigrana en el ojo o anillo.

Al instante, tuvo una pasión o deseo vehemente de saber qué contenían esos documentos; pero, lo primero que hizo fue coger la llave y admirarla, pensando:

-Estos documentos están debajo de llave, luego han de ser muy importantes.

Cogió, tocó la llave, y empezó a nombrar sus partes importantes: ojo o anillo, filete, tronco o caña, paletón, morro, pezón.

-Es pequeño el pezón de esta llave, dijo para sí misma.

Empezó a ver los documentos de mayor tamaño, que estaban en blanco. Al ver los otros dos más pequeños, leyó en uno:

“Las llaves en la cinta, y el perro en la cocina”

Y en el otro leyó;

“El que primero llega, ese la calza”

La doncella no entendió nada. Así que se hartó pensando que la señora se refería a cosas morales o abstractas; o, quizás a cosas referidas al Sexo, pues la señora colmaba de favores a los pardillos, sobre todo pintores y escritores que le visitaban en casa.

Sin darse cuenta la doncella, María de Carrión entró de lleno en el comedor. Al verla, le sacó la llave de sus manos, diciéndole:

-Esta llave ni se toca. Tiene una bella historia: “Pertenece al Beneficiado de Calahorra, maestrescuela y canónigo de Toledo y secretario del Santo Oficio que se hizo célebre por su “Historia de la Inquisición”, obra muy apasionada y parcial, que, entre muchas cosas, habla de los puteríos de los inquisidores con las brujas, y de curas pedófilos que pululaban por el Coro de los niños escolanos, que se educaban para el servicio del culto, y principalmente para el canto.

3- MEMORIA

Sonia Martínez

Bell Ville (Córdoba- Argentina)

Cuando los recuerdos se agolpan en tu puerta, el escenario es como un día gris donde la llovizna se escarcha contra tu cuerpo, donde te duele el alma con un dolor cansado, donde se te abre el alma con una llave invisible. Entre la vida y la muerte todo encaja exactamente. Es como un apretón de manos entre el pasado y el presente. La frialdad del agua es la llamarada de dolor que te quema el alma, te calcina desde adentro mientras te congela desde afuera y no hay remedio ni razón que cicatrice esa herida.

4- ABRIR ES PARA CERRAR

Justina Cabral

Mar del Plata (Buenos Aires- Argentina)

Abrir es para cerrar,
cerrar es renovación,
cerrar es ola del mar
sonrisa nueva y canción.

Abrir es para cerrar
golpes de puño que yo
pude en secreto guardar
que en heridas suspiró.

Abrir es para cerrar
desgano, espera, ilusión...
abrir es para olvidar
mi muro de corazón.
Abrir es para borrar
el apagado color,
de la cruz que he de cargar
en mi bendito dolor.

5- RECUERDOS DE ANTAÑO

Miriam Fernández

Mar del Plata (Buenos Aires- Argentina)

Historias vividas, pasado latente...

por fin se abre el arcon de los recuerdos.

Rostros borrosos, fotos y cartas amarillentas, un ayer muy rico con bellas anécdotas.

Esquelas amarronadas, papeles antiguos... hablan por si solos.

Vuelan en la mente barcos que llegan, muchos inmigrantes, un puerto abarrotado, miradas perdidas, ojos con temor, con poco bagaje y sueños a cuestas.

Futuros hogares, familias nuevas que echarán raíces con bases humildes, sólidas y fuertes para lograr lo que quieran.

Extranjeros en busca de un próspero mañana, para trabajar, encontrar la calma y disipar el hambre.

Sus vidas por allí quedaron, a un mundo nuevo vinieron (el país los recibe con tierra muy fértil).

Mucho sacrificio, nuevo panorama, grandes esperanzas y muchas ilusiones que ellos concretan.

Se encuentra una llave dorada y antigua de bronce brillante, se abre esa tapa con mucho cuidado, tapada por papel madera. El polvo cubre su afuera, en él se descubren historias añejas, notas con post data, hojas ajeadas, letra poco clara, un tintero seco con su pluma.

Más de cien años, todo muy guardado (atrapa un sobre cerrado, asegurado por un broche despintado).

Los ojos se pierden con tristeza, añoranza de historias y un orgullo satisfecho y real de pertenecer a ellos, de pensarlos y amarlos por todo lo que hicieron...

¡Fueron sobrevivientes de una terrible post guerra!

6- LLAVE
Griselda Bonafede
Suncháles (Santa Fe- Argentina)

Habían quedado apretados con figuras en sepias.
unos y otros disolvieron los rostros.
Un severo metal de negaciones aprisionó deseos.
y echaron su vuelo preguntas retóricas
para esconderse en décadas de silencio.
Los años importaron su afonía cómplice
confabulados con los miedos.
Reclamos núbiles exigieron desocultar ocres
Entonces el coraje dormido entre los días
Buscó la llave horadora de mutismos
y en su bronce opacado removi6 las nubes
se abrió paso entre los ocres
y mostró sin piedad los recuerdos.

7- TINTAS DE AMOR
Emilio Itatí Rodríguez
Resistencia (Chaco- Argentina)

Escuchó el sonido de unos cascos que se detenían frente a su casa. Su ser entero se estremeció, su corazón comenzó a latir con desenfreno.

De pronto, alguien golpeó la puerta vigorosamente. Sintió como que estos golpes se lo daban directamente en el alma. Gervasia, su nana, acudió presurosa al llamado. Al abrir la puerta se encontró con un extraño hombre alto de tez trigueña, que la saludó amablemente y sin decir más le entregó un paquete para su señora, marchándose rápidamente sin esperar retribución alguna.

Gervacia jamás olvidaría aquellos ojos que fulguraban como brazas y la expresión extraña de su rostro.

-¿Quién era?- preguntó doña María, con vos angustiada mientras recordaba que este momento lo había imaginado miles de veces. .

-Un mensajero señora, trajo un paquete para usted- alegó Gervacia.

-¡Alcánzame entonces!- solicitó con aflicción.

Su nana se dirigió, con su andar añoso, hacia el patio de invierno en donde se encontraba su señora, fue arrastrando los pies como si no quisiera llegar nunca a destino.

-Aquí lo tiene doña María, alcanzándole el pequeño atado, ¿le traigo algo más?- moduló con vos doliente, pudiendo apenas articular aquellas palabras.

-No gracias, puedes irte.-

- Bien señora- dijo la negra y se dirigió a la cocina conteniendo su llanto.

María desarmó el insólito envoltorio, con atenuado nerviosismo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, sus finas manos acariciaron aquellos sobres amarillentos. Ella le había escrito a su marido, que aún a pesar del tiempo, contenía todo el fuego de su alma. Los mismos estuvieron perdidos en Londres y hoy regresaban a ella sin que su destinatario pudiera jamás leerlas.

Entre los sobres que ella había enviado se desprendió otro que terminó entre sus pequeños pies. Al instante reconoció la caligrafía, sintió que su corazón no lo resistiría, y estuvo a punto de desmayarse, alcanzó solito un grito llamando a su nana que acudió con premura.

-¡Doña María! que sucede, señora ¡oh mi Dios, Jesús santo que le sucede!-

Los gritos de Gervacia sosteniendo a su señora entre sus brazos alborotó a toda la casa, otro criado salió en busca del médico que concurrió de inmediato.

Ella apenas convaleciente posó sus ojos en aquella carta escrita por su marido, la examinó, prudentemente y por último la leyó.

1 de marzo de 1811

Adorada Mariquita:

Ni el mar y su inmensidad azul o mi quebrantada salud me pueden alejar de ti, querida esposa.

Mis manos temblorosas, debido a mi desmejorada salud, garabatean estas exiguas líneas, que espero comprendas como siempre lo hiciste.

Quiero que sepas que mi amor por ti se encuentra intacto, que jamás ha sido el deseo de mi corazón provocar esta separación, ni la herida que esta causa.

Con mi alejamiento o exilio político, como lo llaman ellos, he puesto distancia entre mis enemigos y yo, que me han hostigado por mis ideas radicales.

Pero no quiero desperdiciar mis últimas energías hablando de política, más bien pretendo decirte todo el bien que le has hecho a mi vida.

Sé que estas palabras también te causarán dolor y provocarán tu llanto, ya que no estaré más contigo, este viaje será el último de mi vida y el mar será el dueño de mis huesos.

Pero quiero que por esta carta sepas que los latidos de mi corazón que se apagan lentamente, están repletos de gozo por haber tenido tu amor, y esa es la fuerza que impulsa mi débil mano a plasmar este adiós.

Sé que no te dejé una gran fortuna, solo este inmenso amor que ahora en esta última hora te profeso, pero te encargo un último pedido, cuida a nuestro hijo Marianito, enséñale las buenas costumbres para que sea todo un caballero, y por las noches deposita este beso que te dejo, en su frente, de mi parte.

La luz de mis ojos languidece. Creo que ha llegado el momento, no temo a la muerte pero lo que lamento es no tenerte cerca para despedirme amor mío.

Con todo Mi Amor. Tu querido Moreno.

Las lágrimas nuevamente aparecieron, acompañaron estas últimas líneas, algunas encontraron su fin sobre la tinta. Ella la apretó contra su pecho y repitió en vos baja ¡mi Moreno, mi Moreno!

8- LA LLAVE SALVADORA
Clara Gonorowsky
Mendiolaza (Cordoba – Argentina)

Había que escapar de ese infierno, la llavecita dorada y los pergaminos envejecidos poseían la clave. Estaban guardados en una vitrina pero nadie podía acceder a ella ya que el habitáculo estaba electrificado.

Ellos eran la puerta de salida de esta situación de caos pero su custodio se regodeaba con la posesión, le gustaba día a día contabilizar los enfermos y muertos, cifras que anotaba minuciosamente en el papiro superior, en los de abajo estaban las instrucciones para usar la misteriosa llave, para encerrar herméticamente al dios del Caos, para volver al mundo a su normal equilibrio.

Desde un gran ventanal el tirano observaba la escena mientras en un planisferio marcaba los lugares invadidos, los miraba y festejaba los logros, a su derecha refulgía la llave tan brillante como el poder que él quería ostentar, tan enigmática como los secretos que había amasado para dominar a todos, para adueñarse de la humanidad, para elegir quiénes deseaba que sobrevivieran y quiénes debían morir. De hecho, los privilegiados eran los niños, a ellos los podría someter más fácilmente; por ahora, la tarea era obnubilar sus mentes, aislarlos, mantenerlos hipnotizados frente a los dispositivos móviles, jugando a juegos de violencia y muerte que él mismo había diseñado, desterrar para siempre las muestras de cariño, borrar definitivamente del vocabulario de los hombres las palabras afectos, amor, amistad, libertad. Obediencia y esclavitud, los patrones del nuevo orden.

Giró la cabeza, la volvió a observar, ¡una diminuta y simple llave! Una carcajada estridente sacudió su vientre mientras observaba cómo el planisferio poco a poco se teñía de manchas rojas.

“La peste avanza más veloz de lo que me hubiera imaginado”, — se dijo— y su barriga volvió a temblar al ritmo de sus risotadas.

Y el hombre clamaba piedad, se sentía impotente, pedía explicaciones, buscaba culpables, intentaba redimir sus culpas, enterraba sus muertos, maldecía el año bisiesto y sucumbía.

En la vitrina, la llave seguía refulgiendo y frente a ella, el déspota seguía gozando su posesión.

9 - LA LLAVE
Sonia Rovegno
Montevideo (Uruguay)

La llave giró con sonido a goznes resacos
el antiguo arcón familiar
estaba abierto ante mí
refugio del pasado
acopio de historias olvidadas
y recuerdos,

¡tantos recuerdos!
hurgar en él profanar sus secretos
su silencio
mi mano cansada de tiempo tiembla

Tomé una hoja
cuidadosamente doblada
con un pétalo de rosa pegado
mi vida ha atravesado el tiempo
y allí estaba imperecedero
como nuestro amor
aquél poema del comienzo.

UN DÍA CUALQUIERA

Un día cualquiera
la ventolera me lleva
el viento deja agujas en mi piel
todo tiene color de aire
y olor a miel
hay un espejismo de silencios
y la luz se acuesta
en indecisa sombra clara
escribo tu nombre
en cristales empañados
tropiezo con tu voz
me persiguen tus ojos
simulo que no estás
mi pedazo de cielo
mi corteza de pan.

10- BAJO LLAVE

Alicia Borgogno

Cañada de Gómez (Santa Fe- Argentina)

Parecía esfumada la nostalgia.
Papeles ocres como las hojas de otoño.
Allí sus arrugadas confesiones...
sus sueños y sus dolores.
Con mano temblorosa canceló sus vuelos
amontonándolos, mezclándolos.
Frustradas ilusiones
incapaces de volar,
ausencia de caricias y de miradas,
fracasos dolientes...
en palabras ya amarillentas.
Quizás algún amor que late todavía.
Sus letras encerradas bajo llave
con sus alas cortadas
para que sean sólo suyas
y del tiempo que se ha ido.

11- UN PAPEL FACETADO

Lidia Leticia Risso

Buenos Aires (Argentina)

Recostados...,
encima
de un papel
facetado,
tan viejo,
como arrugado

Hube de ver,
abrochados,
sobres de tamaños
varios
y fotos,
dando la espalda

Un número
cien., incierto
y una llave
misteriosa,
que como vieja,
hermosa,
de gran tamaño
y suntuosa

Todo,
estaba allí,
carente
de contenido,
vacío.,
sin remitente,
sin destinatario,
y sombrío

Todo,
en el mismo lugar,
tal vez...,
sin poder
escapar,
llenos
de hastío

Tal vez,
fuera un mensaje
de amor...,
que en las compuertas
del cielo,
no tuvieron
el valor
y convertidos,

en estupor,
perdieron
su poderío

12- UN MUERTO EN EL ROPERO

Jorge E. Bossa

San Francisco (Córdoba- Argentina)

Mía, una estudiante quinceañera, visitó a su abuela Hortencia para hacerle un pedido...

- Abu, en el colegio estamos colaborando con el museo municipal. Nos pidieron que, si podemos, donemos un objeto antiguo.
- Y vos pensaste que esta vieja algo de eso debe tener ¿no?
- Si, ja, ja. Puede ser una herramienta, un utensilio de cocina, un retrato...
- Uyyy. En el altillo tengo unos cuadros ovalados con las fotos en blanco y negro de mis nonos, los tatarabuelos tuyos. No recuerdo dónde están guardados.
- ¿Vamos a buscarlos? Así de paso los conozco.
- Vamos, querida, pero despacito que hace rato que no subo esas escaleras.

Al llegar al desván, la adolescente se asustó. La puerta crujió, por falta de aceite. La luz de la sala era tenue, producto del polvillo acumulado sobre la lámpara. Las telarañas formaban grises cortinados en el lugar. Por si fuera eso poco, el hedor era bastante desagradable...

- Abuela... ¡Qué olor! ¡Debe haber un gato muerto acá adentro!
- Debe ser por la humedad. Hacía años que nadie ingresaba aquí. Voy a abrir la ventana.

Hortencia abrió los postigos y una bocanada de aire fresco invadió el cuarto.

- Abu, acá no veo ningún cuadro.
- Debe estar metido por ahí. No sé dónde guardé ayer el recibo de la jubilación, menos aún dónde están esos viejos retratos que hace años traje aquí. Ayúdame a buscarlos...

La joven y la sexagenaria mujer hurgaron en los cajones de una antigua cómoda. En uno de ellos, entre papeles amarillentos, hallaron una vieja llave...

- Debe ser del ropero, Mía.
- Sí, porque no puedo abrir una puerta...

Con mucho esfuerzo, ya que el cerrojo estaba duro, Hortencia logró el objetivo. Acto seguido, el horror se apoderó de ambas... Dentro del mueble había un cadáver, en muy avanzado estado de descomposición. El mismo, de aparente sexo masculino, yacía sentado. Estaba desnudo, abrazando sus piernas dobladas y con la cabeza apoyada en las rodillas. En un rincón del pequeño habitáculo había un par de zapatos, semicubiertos por un bollo de ropa. Apresuradas e impresionadas, ambas bajaron las escaleras...

- Abuela... ¡No sabía que eras una asesina!
- ¿Cómo te atreves, mocosa, a decir semejante barbaridad?
- Explicame lo del difunto entonces...
- Mirá... Reconozco que mi memoria es frágil, pero no recuerdo haber matado a nadie.
- ¿Y entonces???
- Te repito que no tengo la menor idea de cómo apareció ese muerto en el ropero.

- ¿Y ahora qué vas a hacer?
- A ver... Deshacerme de él es muy difícil. Si lo dejo ahí no voy a poder dormir sola en esta casa nunca más. No me queda otra opción que avisar a la policía.

Cumplida la denuncia, los efectivos hicieron a la anciana varias preguntas. Tras retirar el cadáver y cumplir diversas investigaciones, un fiscal informó a la anciana...

- Se trata de Víctor Domínguez, desaparecido hace dos décadas. Tenía cuarenta y nueve años, era soltero y mujeriego. De un día para otro se lo tragó la tierra. ¿Usted lo conocía?
- Sí... Ahora lo recuerdo. Era muy buen mozo.
- ¿Cuánto lo conocía?
- ¿Qué está insinuando, fiscal?
- Dicen que Domínguez tenía varias amantes...
- ¡Me está faltando el respeto!
- Disculpe, pero no podemos descartar ninguna hipótesis...
- ¿Y cuál sería la suya?
- Por ejemplo... que hayan tenido un romance y su esposo, como venganza, lo mató.
- Mi esposo, que en paz descansa, era incapaz de matar una mosca.
- ¿A qué se dedicaba él?
- Era viajante. Murió en un accidente, hace poco más de quince años.
- Entonces, él vivía en el momento del crimen.
- Sí, pero yo no creo, no creo...

El fiscal no quería ser grosero. Sabía que la viuda nunca fue una santa y que ese era el camino de la verdad. Hortencia, mientras tanto, luchaba contra su mala memoria para buscar una respuesta a este interrogante que cada vez la intrigaba más. El inspector hizo la pregunta inquisidora que se clavó en el alma de la anciana...

- No quiero ofenderla, pero... ¿Víctor Domínguez nunca estuvo en su casa mientras su esposo andaba de viaje?
- Mhhhh... No recuerdo, señor fiscal.
- ¿Cómo "no recuerdo"? ¿No está segura?
- Perdóneme. No le estoy mintiendo. Sucede que soy muy olvidadiza y despistada.
- Haga memoria, Hortencia. ¿Su esposo no regresó antes alguna vez y...?

La mujer frunció el ceño, mientras navegaba en su frágil lucidez. El fiscal sentía haber llegado al nudo de la cuestión. La abuela, confundida, balbuceó...

- Puede ser, fiscal, pero tengo tan mala memoria. Le doy un ejemplo... ¡Nunca recuerdo dónde guardo las cosas! Es más... ¡A veces ni siquiera recuerdo haberlas guardado!!!

13- HACE TIEMPO
Inés Quiléz de Monge
 San Francisco (Córdoba- Argentina)

Allí quedó la vieja casa, al pie de la montaña,
 junto al río.
 Si quieres visitarla encontrarás la llave,
 y el hogar con los tizones fríos.

En el secreter han quedado mis memorias,

cartas, viejas fotos, algunos de mis libros....
Abre las ventanas, corre los visillos,
examina todos los rincones, la sala... los pasillos.
Verás reflejado a cada paso,
todo lo que yo he vivido.

Llave, me traes tantos recuerdos,
fiel custodia de mis noches y mis días,
Cuida ahora de lo poco que queda,
sólo memorias,
que forjaron las horas de mi vida.

14- VIEJOS RECUERDOS

Néstor Quadri

Buenos Aires (Argentina)

Buscando un libro para leer en su biblioteca encontró en un cajón un grupo de cartas, fotos viejas y una llave, envueltas en un papel. La emoción lo embargó al momento de desenvolver el papel sobre la mesa, porque esa llave había sido su mascota durante su niñez, a la que muchas veces le había pedido que le dé suerte en aquella lejana etapa de su vida.

Al comenzar a leer las cartas y mirar las fotos, se fueron evaporando las capas de olvido que cubrían su mente, sumiéndolo en una profunda melancolía. Trató de ir desempolvando lentamente y con mucho cuidado esos recuerdos, pero en cada palabra que iba leyendo, por más suave que lo hiciera, le lastimaban de nostalgia el corazón, en medio de la soledad que lo rodeaba.

Y es que al terminar de leer el recuerdo de la primera carta, apareció detrás una foto con la alegre imagen de su madre, dándole un beso en un día soleado. Luego una vieja historia que no quería recordar, pero que seguía leyendo anhelante del pasado. Y mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, apareció una foto con la sonrisa flotando en su cara de niño, corriendo con sus pantalones cortos a la esquina de su barrio para jugar con sus amigos. Y entonces, tomó la bicicleta y salió a pasear por aquellas calles de tierra, cantando, gritando y tratando de volar alegremente con alas de mariposa.

Nunca supo cuánto tiempo pasó, pero al despabilarse con los dedos aferrados a esas cartas y a esas fotos, apretándolas con fuerza, comenzó con sus manos atolondradas a ordenarlas sobre la mesa, y luego las juntó una por una, y junto con la llave las envolvió nuevamente con el papel y las volvió a guardar en lo que para él sería desde ahora, el cajón de recuerdos de la biblioteca.

Pero de pronto apareció en su mente el recuerdo del rostro, joven, vivo y fresco de ella, como si aún estuviera allí, y pensó entonces guardarlo

en ese cajón junto con los otros recuerdos, pero no pudo hacerlo porque la veía tan nítida y clara, que creía que podría tocarla y escuchar tu voz. Estaba tan cerca suyo, que le parecía que era ella que había vuelto, y que su mano acariciaba la suya y aunque luego su figura se fue esfumando de su mente, comprendió que no era un viejo recuerdo que podía guardarlo en ese cajón con los otros, porque aunque ella jamás regresara, su recuerdo estaría allí presente, viviendo con él para siempre.

15- IDENTIDAD
Juan Herrón González
Madrid (España)

Había sido descubierto. Su libertad y su vida estaban unidas a esa llave y ese montón de documentos. Delante de él, y con mirada asesina, tenía al “Chino”, el capo de la mafia a quién había conseguido arrebatarse todo un alijo de droga en un control policial por sorpresa. Ahora, se encontraba en la difícil situación, aquel hombre al que su ficha policial, y la llave de sus pertenencias, le delataban, tras varios años de hacerse pasar por un preso en la cárcel más peligrosa de Nuevo México: la prisión de Chiguagua y saber la ubicación del dinero intervenido, en una arriesgada operación policial.

Resultaba tan obvia la información filtrada sobre él que era insultante.

-Dime dónde han trasladado el dinero- espetó, con una ira asesina.

Él no se atrevió a responder. Había tenido un error de manual: no contar con que los tentáculos del “Chino” fueran tan largos, pues había conseguido tener en nómina al comisario del caso y un montón de agentes y funcionarios de prisiones; aún así, la honradez de algunos y parte de su ayuda, fueron suficiente para quitarle una gran suma de dinero, procedente del narcotráfico de estupefacientes. Tras ganarse la confianza de esos tentáculos y que le revelaran los secretos de aquel dinero y su ilegal operación.

-Con lo que tengo aquí, y el dinero que me has hecho perder, tengo motivos suficientes para matarte- le dijo, con una expresión de franqueza.

Tampoco contestó. Sabía que estaba vendido a su mala suerte. Habían conseguido sacarle de la cárcel en uno de los traslados a otra prisión de menor seguridad, engaño entre sus camaradas los policías, ya que, su infiltración y el motivo para ella, ya había sido resuelto.

Sin embargo, no había conseguido situar al “Chino” y su cúpula en la escena del crimen. En estos momentos, veía cómo desplegaba toda la ficha policial delante de él y la llave, que abría una caja fuerte que tenía a escasos metros de él, con todas sus pertenencias.

-Me has hecho perder lo que más quiero. Ahora, voy a ir a por tu mujer y tus hijos- sonrió, divertido- para que sepas lo que es perder lo que más quieres.

Siguió en silencio con una expresión de decepción en su rostro. El operativo había sido un éxito parcial, y en pocos momentos, estaría incomunicado y secuestrado por el “Chino” y sus hombres, además de divertirse torturándolo. Su mujer y sus hijos estaban en peligro, y nadie del operativo había podido ayudarlo: en su traslado a otra prisión, habían matado a todos los agentes en un tiroteo espectacular, además de varios funcionarios de prisiones.

Lo que fue un traslado ficticio, la mentira que le habían hecho creer en su mente y en lo más profundo de su corazón como la escapatoria y la salida a un operativo muy peligroso, resultó ser un auténtico fiasco.

-Comenzaré por tu mujer- dijo, fríamente.

Le miró, con descaro y una expresión inquietante bajo un muro de dientes.

-Luego seguiré por tus hijos, y haré que tu mujer lo vea.

Le golpeó, bruscamente. Un hilo de sangre se asomó por su frente.

-Me has hecho perder una millonada.

Los documentos seguían delante de él, esparcidos. La llave y la caja de sus pertenencias estaba abierta, sacándolas, una por una los hombres del Chino.

Empezó a recordar, sin saber el porqué, cuando era pequeño. Como en cada una de las trastadas que hacía, le echaba la culpa a su hermano, librándose de la culpa y de la regañina. De cómo él planificaba lo que hacía mal para arrastrar a su hermano a esa infracción, para luego, salir airoso de semejante mala conducta.

Pero ahora era todo distinto. Eso no se parecía en nada a unas malas conductas de niños, o de jóvenes. Era jugarse el pescuezo y la vida por una banda de mafiosos que representaban el enjambre de delincuencia y la red de delitos, en un sistema corrupto.

-¿Qué es esto?-preguntó, sarcástico.

Tenía la alianza de su mujer entre sus manos. También su placa de policía y su móvil personal. Jugó con la fotografía que llevaba en su cartera, en la que estaba toda su familia. Dentro, al fondo, había otra fotografía, que no se molestó en sacar.

-Estás poco hablador-musitó, elevando una ceja-. No importa, te mataré de todos modos, no sin antes ver lo que te he dicho.

-Antes nos gustaría divertirnos con él-dijo uno de sus lacayos.

-Sí-anunció otro, desde las sombras de aquella mugrienta habitación.

El "Chino" sonrió, satisfecho.

-Haced con él lo que queráis sin matarlo-sentenció.

Siguió callado, sin decir nada.

-Yo me apunto a arrancarle una oreja.

-Yo algún dedo de la mano-dijo otro, con unas cizallas en la manos.

-Has metido las manos y las narices dónde no debías-concretó otro, de mayor altura y gordura.

Se colocaron delante de él.

-Esta vez no tienes salida-dijo el "Chino", colocándose un mechón de pelo.

-No le cortéis la lengua... que chille.

-Mucho mejor-dijo otro, divertido, mirando al que hizo el comentario anterior.

-Ojalá os pudráis en el infierno-inquirió, sin decir nada más.

El "Chino" se quedó a ver la escena, fumando un pitillo, nervioso, pero con una expresión de falsa seguridad que le reconfortaba.

-Vamos allá.

Comenzaron por apretarle bien los grilletos, a medida que se reían y hacían chistes entre ellos. Después, le pusieron las manos encima de la mesa, sujetándolas con cinchas de cuero, dejando al descubierto cada dedo.

-Cortemos.

Y así fue. Comenzaron a cortarle cada dedo desde cada falange, según chillaba de dolor y brotaba la sangre, a cuya sacudida eléctrica, se sucedía otro dolor más pesadoso. Se acordaba de su mujer y de su familia, que ahora, estaban en peligro.

-Sigamos cortando y cauterizando.

Con un soplete le quemaron poco a poco los dedos que faltaban, con mucho cuidado de no poner la mano en llamas. El dolor era tan insoportable, que de vez en cuando, perdía la consciencia, dándole unas palmaditas en el rostro, o escupiéndole, hecho,

que al igual de repugnante era igual de efectivo para despertarlo. También utilizaban agua, que mezclada con su sangre, la tiraban a su rostro, haciéndole más prominentes las arrugas de sus ojos y las heridas.

-Vamos a por más. Aguanta-apretó los dientes.

Con todas las falanges de las manos al aire libre, supo que esas heridas serían de por vida, dejándole como un auténtico inválido. Ya no había vuelta atrás para aquella mutilación del templo que era su cuerpo.

Siguieron por las orejas. Una por una. Su cuerpo ya veía evidentes signos de cansancio físico y agotamiento, pero no se les veía por la clara intención de parar. El olor a sangre estaba esparcido por el ambiente, y el resto de su cuerpo, estaban por el suelo y por los documentos esparcidos en la mesa, con salpicaduras de sangre y algún que otro resto humano.

-Vas a pagar con varias vidas lo que has hecho-dijo, agarrándole por el pelo y haciéndole gritar.

Esta vez, cogieron unas tenazas. Diente a diente, siguieron su macabro espectáculo: primero un canino, luego un molar. Lo estaban despiezando poco a poco, extremidad por extremidad, a medida que se desmayaba y lo hacían volver en sí.

Era un hombre de fuerte constitución.

-Inyéctale adrenalina, que su corazón no baje el ritmo-dijo el “Chino”, con expresión sombría.

Diente a diente cada resonar de sus gritos inundaron la sala. Estaba con dos manos como muñones; y las orejas, no estaban en su sitio: había dos curvas sangrientas en ellas, con la boca por debajo escupiendo cuajarones de sangre. Sangre muy roja.

-Ya me he cansado de esto-dijo, con seria determinación-. Ya adivinaré dónde está el dinero.

El “Chino” metió la mano en su cazadora para sacar una nueve milímetros negra. Se acercó adonde estaba él, reducido a una nada lastimera, sumida entre el llanto y el dolor, poniéndole el arma en la frente y apretando el gatillo. Saliendo los sesos en todas las direcciones.

Todos se quedaron mirando la escena en un minuto de silencio. Cogieron la cartera y empezaron a sacar todo.

-Jefe, miré esto-dijo uno de sus secuaces, al “Chino”.

En sus manos sostenía la fotografía que no sacó de la cartera. Eran dos hermanos gemelos, uno de ellos muy divertido y lleno de vida, y el otro, incapaz de sonreír, con expresión seria y muy callado y de constitución más fuerte. Detrás de la fotografía, escrita con una caligrafía grande y angulosa, decía: *siempre ha sido divertido el suplantar tu identidad en momentos de necesidad o por mera diversión, Dave; sólo uno de los dos sabe la verdad del otro, cada vez que nos cambiamos la identidad.*

16- TODO ES SEPIA

Laura Pérez Suárez

Pergamino (Buenos Aires- Argentina)

Me reencontré con tu ausencia, tus palabras pegadas en esos renglones mutilados por los años.

Me detuve en cada letra, deslicé las yemas de mis dedos buscando las respuestas.

Ese mismo silencio que otrora me envolviera, hoy cubre el mismo espacio.

Ya no estás, los años pintaron esas cartas, esas letras, los recuerdos...

Encerraste el misterio de tu despedida, pero no llevaste la llave y mi curiosidad pudo más.

Fue un adiós temprano.
Te llevaste mi niñez apretada entre tu pecho y mis lágrimas aún siguen
abarrotadas en la garganta.

17- RECUERDOS
Olga C. Schmidt
Rafaela (Santa Fe- Argentina)

Cuando murió la abuela me facultaron para acondicionar, guardar o tirar las cosas que quedaban en el ropero.

Más de una vez atisé en sus aposentos, admirando los muebles que se empeñaba en conservar.

Sus hijos le aconsejaban que vendiera aquellas antigüedades y se comprara algo más moderno y confortable, a lo que ella solía decir:

—Cómo voy a deshacerme del juego de dormitorio que adquirimos cuando nos casamos!

Debo reconocer que los mismos lucían bonitos. Nos había contado que era un juego estilo Provenzal de Roble. De color claro, con las puertas y respaldos de la cama, tallados con guirnalda de flores. ¡Una delicia de la ebanistería!

En esas escaramuzas que me permitían ver el interior del ropero de tres aberturas, podía observar sus prendas prolijamente colgadas, o dobladas en los estantes.

Cada puerta poseía una llave de bronce, con el extremo tallado luciendo un bonito arabesco.

A la izquierda, además tenía un secreter, justo sobre la cajonera y el mismo poseía una puertita con la llave idéntica a las del frente. Ese lugar me estaba vedado, nunca la abuela me lo mostró, ni me animé a abrirlo. Parecía que ahí guardaba sus secretos.

Llegado el momento de tener que hacerme cargo de la tarea encomendada, abrí por primera vez la pequeña puerta, y comencé a sacar el material allí oculto. Chucherías, papeles, fotografías. Tomé un sobre marrón, descolorido por los años y me dispuse a enterarme de su contenido.

En él había fotos, no muchas, pero todas en blanco y negro, incluso sujetas con un broche. Debían ser algo especial.

Me senté sobre la cama y comencé a contemplarlas. Si, eran muy antiguas, algunas tenían aclaraciones sobre las personas allí retratadas.

La abuela cuando era chiquita, otra con sus hermanos, con los padres... toda la familia. Ella cuando era niña... adolescente; en ocasiones ya había visto algunas de aquellas estampas.

Mis ojos contemplaron extasiados ésa donde brillaba con un traje de fiesta. ¡Qué bonita! Seguramente su graduación, ¡Era tan joven!

De pronto mis manos tropezaron con una, que tenía la certeza de no haberla visto nunca.

Era una pareja; los dos jóvenes y elegantes.

Me di cuenta de que la mujer era la abuela, porque había visto en otras ocasiones fotos de ese tiempo y no tenía dudas de la identidad; más su acompañante ¿Quién era? El abuelo seguro que no, porque también había contemplado muchos retratos de él y no se le parecía.

Miré el reverso como para conocer la identidad del muchacho, pero no había nada escrito. Calculé las edades, no llegarían a los veinte. Sabía que cuando se casó ella tenía veinticinco.

¿Un idilio anterior? ¿Dónde se habían tomado la fotografía?

Sus manos estaban entrelazadas y las miradas que intercambiaban sugerían mucha dulzura. Una leve sonrisa curvaba sus labios.

¿Alguien habrá visto esa fotografía, o la tenía celosamente guardada, recordando tal vez un amor imposible?

Una gruesa lágrima se me escapó y cayó sobre el retrato. No pude contener mi angustia y la incógnita que ya nunca develaría.

Habrá sido feliz con su familia? Ojalá que sí. Nunca demostró lo contrario. Aunque al guardar la foto con tanto celo, es seguro que aquellos recuerdos siempre siguieron en su mente...y tal vez muy ocultos en el corazón.

18- ENFURECIDOS DE AUSENCIA

Marta Melero

Berisso (Buenos Aires- Argentina)

Arrancadas de los códigos de la memoria
las páginas ajadas por los calendarios
quieren alimentar el fuego del olvido.
Una llave de soledades
se precipita por las arrugas del reloj.
Por el borde sinuoso de las despedidas.
Entonces la desesperación
Se apodera de las manos asesinas
que incendian el recuerdo en mil astillas
-arabescos dorados de nostalgia-
que se hermanan con la sangre del otoño
en abriles enfurecidos de ausencia.

19- MISTERIO

Norma Morell

Arroyo Dulce (Buenos Aires- Argentina)

¡Tanto busqué esa llave! De pronto la encuentro en un bolsillo de aquel abrigo color negro, con temor abrí aquel baúl del que tanto me había hablado mi hermano. Saqué con mucho cuidado el broche que sostenía algunos papeles ya quebradizos por el paso del tiempo, comencé a leer, cosa que me costaba mucho, una letra muy cerrada como que si se hubiera escrito con mano temblorosa, el asombro me iba paralizando. ¡sí! ahí estaba la confesión de ella, de ese amor inigualable, atormentado que nunca nadie lo supo, sí, creo que la fecha no daba con los años de matrimonio con mi padre. Ahí apareció mi nombre ¡Ho no! Mi hermano lo sabría, ¿y lo ocultó? Rara me sentí por un momento saber que un gran amor había dejado en mí la prueba. No conocí a mi madre, tal vez me lo hubiera dicho. ¿Se repiten las historias?

Tal vez sí, y una lágrima junto con el papel quedó encerrada en el baúl... ¿la llave? En el bolsillo del saco negro.

20- TENGO POESÍA I (a M.B.)
María Crescencia Capalbo
Pergamino (Buenos Aires-Argentina)

Tengo poesías atrasadas
en alguna pluma escondida
buscando la salida
a mis rimas cansadas y perdidas...

Tengo poesías escritas
en algún papel añejo
acompañada de pétalos viejos
que escondí
entre algunas hojas ocres...

Tengo poesías sueltas
perdidas en este oscuro día
que fue eterno
en medio de mis olvidos pasajeros...

Tengo poesías para ti
en algún rincón
de mi alma
que buscan esconderse
para encontrarte
luego, en calma, nuevamente.

Tengo poesías perdidas
que las olvidé
mientras escribía
porque mi mente iba rápido
y mi letra no las seguía...

Tengo poesías tristes
que hablan de amores
sin destinos
y algunas alegres
donde los amantes
son correspondidos...

21- SECRETOS DE FAMILIA
María Cristina Briante
Vicente López (Buenos Aires- Argentina)

Es tarde y no puedo dormir,
ensayo consejos que no dan resultado.
Me levanto y en el cajón de los documentos,
encuentro la caja de madera del abuelo,
huele a tabaco.

Descubro hojas sueltas y la llave del secretare
de abuela, sirve de pisapapeles, un gancho,
lo recuerdo en su cocina, de donde colgaba
las recetas misteriosas.
Libero las hojas vacías, amarillas, gastadas,
el tiempo ha hecho su trabajo y
tiñó de ocre el papel.
Levanto la hoja suelta que está arriba,
me abanico y vuelan,
pedacitos de otoño.
Descubro la letra de mi abuela
en receta de la torta de “aceite x 8”.
Ella la preparaba los viernes por la noche,
para compartir los mates familiares
en los fines de semana.
8 huevos.
8 cucharadas de harina.
8 cucharadas de azúcar.
8 cucharadas de leche.
Pasas de uva a gusto.
Guardo los papeles, cierro la caja.
Voy a la cocina, prendo la radio.
Enciendo el horno.
Busco y mezclo los ingredientes.
Mañana sábado tomaremos mate,
con la torta secreta de mi abuela.

22- SECRETOS DE FAMILIA
Susana Solanes
Rosario (Santa Fe- Argentina)

__ ¡No lo puedo creer! ¿Cómo nos engañó así, durante tanto tiempo? Y siempre haciéndose la modosita con sus misas y sus novenas a Santa Brígida. Apenas le conocíamos la voz, casi era inexistente en nuestra casa.

__ ¡Sshh, baja la voz no vaya a ser que se despierte de su siesta de señorona y descubra que hemos develado su secreto a través de esta llave! Porque si no la encontrábamos, jamás hubiéramos entrado en su otra vida, la que tuvo tan calladita durante estos años.

__ Tú dirás lo que quieras, pero yo no puedo dejar de indignarme al leer estas cartas impúdicas que le mandaban a nuestra hermana, hombres que visitaban nuestra casa y que eran conocidos en todo el pueblo. Mira ésta, firmada por Eduardo del Valle, ¿te acuerdas de él? ¡Qué buen mozo y simpático era! Todas las

muchachas estábamos enamoradas de él, pero Eduardo como si nada. Y fíjate, resulta que era el enamorado de Amelia.

__ Y esta otra, la firma J.P. ¿No sería ese viajante, cómo se llamaba... José Perales o Parrales, algo así? Venía todos los meses desde la capital para traer las encomiendas y llevarse los pedidos. También se llegaba a nuestra casa, pero siempre lo atendía nuestro padre ¡Qué historia, casi no la puedo creer!

__ Y mira de la forma que la llama este otro: *mi ardiente y electrizante amazona*. ¡Mi marido nunca me dijo semejantes palabras!

__ Es que nosotras somos mujeres decentes, Clarita. Esos términos están destinados a las otras. Y además, nuestros maridos, no tienen mucha imaginación.

__ Aquí hay por lo menos, diez, veinte cartas de sus enamorados ¿Me quieres decir con tanto amorío, por qué Amelia nunca se casó?

__ Porque en aquel tiempo, siempre una de las hijas mujeres quedaba para cuidar a los padres, recuerda que era así. Y le tocó a ella, la muy desvergonzada. Que además, te voy a decir, siempre se hizo la ilustrada, leyendo novelas y poesías. Por suerte, ayer hemos enterrado a nuestra santa madre y nuestro padre hace años que murió, si no, ¡qué disgusto, Dios mío!

__ Pero a partir de ahora, Irene, ¿cómo la vamos a tratar después de haber conocido la doble vida que nos ocultaba?

__ Fingiendo, querida hermana, como hizo ella. ¡Ay, la verdad que después de haber abierto su escritorio, no sólo estoy asombrada, si no, también..., ¿cómo decirlo?, un poquito envidiosa.

__ ¡Pero qué dices, Irene!

__ ¡Pues claro! Nosotras convertidas en dos señoras respetables con maridos aburridos. Y ella, amada en silencio, despertando pasiones únicas, que inspiraron a sus amantes estas cartas tan llenas de pasión, de voluptuosidad.

__ ¡Basta, Irene, contrólate! A ver si esto ya se convierte en un mal de familia. Vamos a cerrar su escritorio y a colocar la llave donde la encontramos. Hemos abierto la puerta del infierno, pero ahora, hay que mantener el secreto de estas relaciones escandalosas.

Amelia Irinda Carrizales, estaba recostada en su cuarto y sonreía. Estaba segura que sus hermanas, después del entierro de su madre, empezarían a devorar todos los rincones de la casa, buscando recuerdos. Amelia, mantenía el reposo de los que desde el dolor, lograron salir cantando. Las hermanas encontrarían la llave. La había colocado como una lámpara para que no pasara inadvertida. Y hallarían las cartas que ella escribía en sus días inútiles, bajo la tiránica voluntad del padre y la incommovible resignación de la madre. Ella, la de los besos destruidos, la de las primaveras olvidadas y de los otoños pintados con lágrimas.

— Pura imaginación la tuya, Amelia. Pero a partir de ahora, mis hermanas nunca más me van a mirar, como a una mujer marcada por las cicatrices de una eterna soltería. Mis ojos siguen encendidos, más transparentes que las ventanas donde el viento me acaricia, con su mano verde.

23- EL PIANO

Griselda Bosi

Los Hornillos (Córdoba- Argentina)

Debo ordenar las carpetas con fotos antes de mudarnos, pienso mientras abro la puerta del placar. Creo que llegó el momento.

Recuerdo cuando, con algunos de mis primos, tras la muerte de una de las tías, fuimos a vaciar el departamento que ella alquilaba.

En el ropero, una caja enorme llena de fotos antiguas y recientes que pugnaban por salirse.

¿Qué hacer con ellas? Pues claro las quemamos, para nosotros no significaban nada.

Con este pensamiento comienzo la gran limpieza. “Dejaré doce por año”. Pienso. Así voy seleccionando una a una las fotos más significativas por cada mes.

El tiempo pasa sin darme cuenta y pronto llego al final de la estantería en donde estaban las carpetas. Solo queda una extraña caja.

No recuerdo haberla dejado allí. La tomo y la reviso.

En su interior un paquete sostenido por un broche, lo tomo, lo doy vuelta, unas diez fotos antiguas de mujeres muy bellas aparece.

“¡Las fotos de Susana!” Recuerdo cuando me las dio. “*Son de mujeres de mi familia, de antes del mil novecientos*”. Aclaró.

Las miro una a una y las vuelvo a enganchar; “ya haré algo con ellas”. Planeo.

Vuelvo a mirar dentro de la caja, quizás quede alguna otra cosa. Unos papeles amarillos que voy a guardar, son buenos para pintar con acuarelas.

Una llave muy bonita de bronce con finos dibujos en su parte superior; la levanto, la observo, quizás de algún neceser; no recuerdo haberla dejado allí.

Imagino, la examino, razono, ¡ya!...

—“¡Es la llave de mi piano!” —digo en voz alta mientras intento frenar la emoción, el mismo que me regalara mi padre un día de reyes.

24- INTIMIDADES

Griselda Isaida Morand

Villa Ángela (Chaco- Argentina)

¿Qué tocaba en el fondo del cajón del ropero? Sentía algo duro, cálido, parecido a la madera, pero también sentía, en parte, el frío del metal. ¿Qué habría allí?

Extendió la mano, absolutamente intrigada y extrajo una caja de madera con incrustaciones de metal que denunciaba el paso de los años sin perder la

elegancia. Buscó entre los elementos que estaban sueltos y sus dedos tropezaron con una llave antigua, con la cabeza finamente labrada en metal dorado, en forma de flor. Presintió que era la correcta y así fue. ¡La maravilla se mostró!

Al abrir, se encontró con papeles amarillentos doblados en dos o cuatro partes y sujetos con un clip firme, que ya el herrumbre estaba carcomiendo, ¿Qué contendrían esos papeles y por qué tuvieron su refugio por muchos años en ese lugar casi inaccesible?

Abrió el clip y tuvo que poner mucho cuidado para no estropear el papel amarillento y gastado por los años. Desdobló la primera y se encontró con una carta escrita con tinta y letra irregular de una mujer hacia un hombre. Al leerla se enteró que ella escribía desde Buenos Aires, adonde había ido por una operación delicada y que iba dedicada a su esposo. Le describía los avatares que pasa una provinciana en una ciudad tan grande y cosmopolita, las dificultades para encontrar turno en los hospitales y su peregrinar por varios, en busca de estudios complementarios. Firmaba Elena. ¡El nombre de su abuela! ¡Sí! ¡Era su letra despatarrada y primitiva! Se agolparon en su corazón la angustia por el devenir de la enferma y los recuerdos de esa mujer fuerte y sencilla, que tanto había amado.

La otra misiva estaba en letra tipo inglesa, prolija y cuidada. El abuelo le contestaba alentándola a seguir en el intento de recuperar la salud. Le contaba sobre la cosecha de algodón, la sempiterna cuestión del precio que pagaban y algunos problemas que traían los cosecheros. Luego le narraba cada adelanto de los nietos y le manifestaba que extrañaban mucho sus cuentos y sus caricias.

Había una tercera, donde ella respondía con sus añoranzas y le comentaba los diagnósticos. Dos de ellos coincidían y estaban dados por médicos que le impresionaron por su seriedad. Ambos operaban en el Hospital Fernández, adonde había concurrido, pero los turnos podían demorar meses. Estaba resignada, pero cada día le parecía una eternidad.

La carta número cuatro era otra vez del abuelo, contándole de los cultivos y el movimiento de la hacienda, del trajín de cada día y de la llegada de los primeros fríos. Todo escrito en forma ceremoniosa. Menos al final donde decía textualmente: “Llegó el invierno, mi reina y no duermo tranquilo. Sin su calor, se me enfrían las costillas” Le arrancó una sonrisa esa expresión fuera de contexto, donde el hombre dejaba ver por un intersticio su debilidad y nostalgia. Le confesaba su amor solapadamente ¡Ese abuelo tan enérgico tuvo también su punto débil!

Se quedó largo rato pensando en el acontecimiento y en las formas del amor a través de los tiempos y las costumbres.

Dobló cuidadosamente las cartas, las colocó en el orden que estaban, cerró cuidadosamente la caja con la llave labrada y la volvió al lugar de donde la había extraído.

Esos secretos no le pertenecían.

25- EL SECRETO
Olga Nora María Mansilla
Rosario (Santa Fe- Argentina)

Papeles viejos, abrochados, historias que guardé en el silencio de tantas horas; sólo tengo que tomar las llaves, no sé si me atrevo... tal vez me encuentre con algún secreto, algo que mi memoria quiso borrar... pero que sigue intacto en la tinta; tengo que descubrirlo, pero desde qué momento, qué circunstancia; por qué se nubla la mirada y el paisaje; sólo veo a una niña temblorosa, con los ojos húmedos... no, no quiero entrar en ese universo de letras que guardan los papeles, reseco, casi quebrados, por tantos lustros. La niña sigue allí, impávida. En ese escenario, y los que vendrían, Dios se había distraído, y con Él, borrado la magia de los sueños. Neblina que intenta dispersarse entre idas y venidas... suficiente para que vea el rostro de mi padre... embelesado, enamorado, apasionado, junto al de una mujer que no pude divisar... apenas, sus manos acariciantes. Fue en ese tiempo y espacio que me enojé con la vida; había guardado mis juguetes en un arcón, para no verlos más, para qué, si estaban vacíos, huecos; el amor se había ido de viaje, quien sabe a qué galaxia. Y las golosinas, la sorpresa de todas las tardes al salir de la escuela, habían perdido los sabores. Al pasar de algunos meses llegó el abandono; pero sólo yo lo entendía, los demás se interrogaban. Por muchos años olvidé la primavera, los inviernos, cada vez más crudos. Recuerdo las tardes lluviosas... desde una ventanita de mi habitación, en la humedad de sus vidrios, dibujaba con mis dedos, lo entrañable; luego me acurrucaba en los brazos de mi madre, y en la expresión esperanzada que sólo a ella contenía. La llave sigue allí, como adormecida sobre resquebrajados papeles; tal vez algún día alguien la despierte, alguien que quiera conocer mi historia y mi secreto... vaya a saber qué generación...

26- PAPELES DE JEANNE HETUBERNE
PARA AMEDEO MODIGLIANI
Edmundo Kulino
C.A.B.A (Buenos Aires- Argentina)

Hola Amedeo, registro tus memorias
y te veo pintando
para justificar la censura.
Dicen que eras un borracho
en los tiempos en que lo perverso
estaba permitido.
Comenzaban a provocar el nacimiento de una guerra
y eso tenía un permiso condenable.
Entretanto, con tu pincel en lugar de bayoneta
eras el rey de los libidinosos por lo que pintabas
aunque no hubieses suscrito a ninguna guerra.
En realidad tu contienda era otra:
pintar, pintar y pintar
y que las mujeres te amaran
y que los hombres te odiaran porque les quitabas sus mujeres.

¿O eran ellas las que perseguían?
Y vos seguías pintando
a pesar de la tuberculosos
a pesar del alcohol
a pesar de las drogas.
Esa era tu guerra y al final, cuando todo era demasiado tarde
amaneció Jeanne
la que juró amarte hasta el delirio.
Y vos supiste que
aunque tarde
ella había llegado como una luz desmesurada.
Y la amaste locamente
como aman los locos talentosos.
Y calentaste sus senos
y besaste su vientre y ella
como una Virgen Divina pero mucho más adentro
dejó que ordenaras el embrión de un niño parecido a Jesús.
Y la llenaste de amor
y ella hizo todo lo que le reclamabas
porque sabía que no habría otro y que serías para ella y ella para nadie más.
Ni siquiera, para ese niño que habían concebido.
Entonces Jeanne, cuando regresó de tu estación terminal
secó sus lagrimas como si fueran lluvia
acarició su vientre de nueve meses
y ordenó sus cosas y las tuyas.
Luego, abrió la ventana y saltó al vacío
para que vos continuaras inventando todas las imágenes
a pesar del mármol, los viejos recuerdos y las profundidades.
Y seguiste mezclando colores
mientras ella volaba como un pájaro roto para caer sobre tu imaginación.
Y vos, agradecido, no dejaste jamás de pintar sus ojos rasgados por el viento
y su pelo grueso y negro como la bandera de la muerte.
Ahora, en las noches cálidas, los veo salir tomados de la mano
porque Jeanne quiere seguir expandiendo tu talento.

27- LA CEGUERA
Brenda Alzamendi
Montevideo (Uruguay)

Hace ya unos días ha partido mi abuela al mundo misterioso de los ángeles, ella era uno de ellos.
Hay mucho silencio por aquí, ya no escuchamos el ruido de sus pantuflas anunciando su llegada a la cocina a prepararme las tostadas. Privilegio de nieta única.
Hoy papá me invito a visitar su cuarto, no había entrado a él desde su partida. Sus pantuflas solitarias estaban juntitas al lado de su cama. Ella formaba parte de mi vida diaria, estaba creciendo junto a ese ser único, lleno de amor y fantasías.

Su cama impecable, como a ella le gustaba y que solo su gato “Pepo” tenía el privilegio de acurrucarse en ella cuando estaba tendida. Sobre ella, una caja de grueso cartón descolorido, sobre la tapa, una llave dorada, su empuñadura era tan bella como de un reino con diferentes formas fuertemente unidos entre sí, pegada a la tapa con un lacre rojo, que yo conocía por la correspondencia entre reyes y piratas, en los cuentos que ella me leía.

_Esto dejó la abuela para ti –dijo papá- arrastrando la caja al borde de la cama.

Comencé a temblar, nadie me había regalado semejante misterio. La curiosidad y las ganas de llorar no me abandonaban.

_Tranquila- decía papá dulcemente-

_ ¿Qué es papá?

_No lo sé hija. Ábrela

El lacre estaba muy adherido a la llave, quizás por el tiempo, la caja ya tenía en sus esquinas las capas de cartón despegadas, la llave cedió y quedó en mi mano, la abrí, levanté la tapa ligera, dentro había un manojo de hojas del color del papiro, como la de los árboles en otoño. Quise tomarlas para ver su contenido pero eran tan frágiles como alas de mariposas y pedí a papá que me alcanzara un clip para poder sostenerlas. Pero no me atreví a levantarlas.

La ceguera de las hojas en blanco me impactó. ¿O era mía la ceguera?, cerré la tapa no había nada más para ver ¿Qué significaba eso? No había nada escrito en ellas. Miré a papá, no dijo una palabra y salimos.

Y la perdoné, quizás ya estaba un poco olvidadiza y la guardé en un cajón como recuerdo.

Los años pasaron, acaba de nacer mi hija. Buscando hacer lugar para guardar sus cosas, me encontré con la caja. Yo también tenía mi piel como aquella caja desgastada.

La encontré solitaria, aún tenía rastros del lacre, la llave estaba adentro esperando. Tome el clip que sostenía las dos primeras, al hacerlo y voltearlas no podía creer lo que veía, la primera resultó ser una foto de mi papá bebé en sus brazos, en la otra estaba también de bebé.

Las otras estaban atadas con un frágil cordel, primera en blanco tenía claramente el número cien al pie, hasta que las eleve a la luz de la pantalla y para mi asombro pude descifrar lo que decía. Se refería a los cien cuentos que ella había recopilado para mí.

En la siguiente pude leer “Si te fijas en la caja te dejo la semilla de mi amor para que tú la plantes. El olvido no existe cuando el amor permanece” Te amo, tu Nana.

Miré el fondo de la caja, vi que asomaba apenas la punta de una cinta rosa. Tiré de ella y se levantó, dentro había una calceta celeste con el nombre de papá, la cinta rosa resultó ser de la primer bata que ella había tejido para mí. Lloré sin consuelo, la culpa de la rapidez con que la había juzgado me había cegado la razón. Papá me abrazó.

_Yo sabía lo que había en ella, también que un día lo encontrarías, eras muy joven entonces. Ahora te toca a ti.

28- TARDES DE CONFINAMIENTO

Beatriz Martín

Santa Cruz de Tenerife (Canarias- España)

El ocaso se esparce en mi balcón, entre líneas de cerámica llega a mi rincón, el suave murmullo de las palmas se acerca, la respiración lejana de mi madre se resiente, el silencio de la música de mi hija taconeá. Y yo alboroto mis cajones para apurar las horas hasta la noche.

¡Bingo! encontré una llave perdida, a la espera del regreso de mi tierra. Una llave de un cofre vencido por los años, llena de recuerdos, fotos y cartas, abandonadas por el nuevo futuro en tierras Canarias. Siempre buscando excusa para abrir el cofre, “nunca tengo tiempo”, me decía, y ahora tengo todo el tiempo del mundo,

Encuentro pasajes de Venezuela a España, hojas marchitas de amores de infancia, fotos de mi niña con rulos de risa espontánea, servilletas con frases sueltas de amor, cuando la copa de vino invitaba. Cartas de mi abuela soñolienta con aromas de naftalinando lecciones de amor, urbanidad y valentía, fotos de las marchas interminables con mi peña aguerrida que sigue vigente gritando libertad, recortes de periódicos que anunciaba su final. Oraciones de catequesis que dejaron huellas en el alma, estampitas de la virgen intactas, carta de amores prohibidos que nunca fueron enviadas.

Mientras, mi alma se derrumbó y la noche llegó, la magia del ocaso no estaba, mi madre dormía, mi hija soñaba y yo lloraba entre lágrimas amargas y recuerdos de mi vida pasada.

29- RECORRIENDO MIS PREGUNTAS

Eduardo de la Vega

Maipú (Mendoza- Argentina)

Estaba ordenando mi escritorio y de mi armario saqué todo lo viejo e inútil de él, formularios, facturas pagadas, y otras cosas largo de contar, pero había unos papeles en blanco, algo desteñidos por los años, y los separé para utilizarlos, y una llave que no sé de donde era, colocándola sobre esos papeles para luego tirarla, pero un pensamiento cruzó mi cabeza. Esa llave simbolizó en mi mente la llave que abriría el camino a la verdad, a la verdad total de la creación hecha por Dios.

Pienso que primero creó las leyes de la matemática, luego de la geometría, después de la física cuántica, las leyes de la física y la química. Ya todo estaba preparado para crear una bola tremendamente grande de hidrogeno y tal presión ejercieron ellos mismo, que se produjo la explosión mas increíble de la historia de la creación, el big bang.

¿Cómo será el mundo infinito del creador? ¿Tendrá límite el espacio? ¿Y si tiene límites que hay mas allá? Solo él lo sabe. En matemática tampoco el número tiene límites, por más que agreguemos números, este sigue y sigue.

Comencé a sentirme pequeño ante esta dimensión. También a tomar conciencia de lo poco que sabemos, ya que cada uno de los seres humanos, sabio o ignorante, cree que tiene la verdad, y todo lo demás que no comparten sus pensamientos mienten, o no saben nada.

Tenemos un ejemplo a la vista, la Biblia un libro sagrado, base espiritual de los hombres, tiene una sola versión y cientos de iglesias, la interpretan distinto, aduciendo cada una, ser el verdadero vocero de la misma.

Hablan de un Dios pleno, total, de infinito amor, pero también a la vez, predicán, “el que no obedece fielmente lo ordenado por Él, es condenado a los más espantosos sufrimientos por la eternidad”. Por los míseros 30, 40 o 50 años de errores humanos, muestra un dios de odio y venganza. ¿Esto no es totalmente contradictorio? ¿Acaso Jesús en Lucas 6: 35 no nos enseña a amar a nuestros enemigos haciéndoles el bien, no esperando nada de ellos? ¿Jesús nos enseñó a

amar y el Padre nos condena por los siglos? Mi otra pregunta es: ¿Cuándo dijo Jesús que deberíamos nacer de nuevo, no sería que hacía mención a reencarnar tantas veces como fuese necesario, a fin de aprender y superar nuestra vida espiritual, eliminando los odios, rencores, celos, vicios, discriminación. etc., para ser dignos de acercarnos a la fuente eterna del Creador, como es la doctrina de los budistas?

Realmente me hace falta esa llave, para saber toda la verdad de la existencia. Quisiera tener la sabiduría de saber cuántos soles con sus planetas hay, y cuántos tienen vidas como nosotros. Porque hay vida microscópica en nuestro alrededor, como hay vida semejante a la nuestra en los animales, tanto que en la mayoría de las especies, las hembras tienen hijos, los aman y los cuidan como lo hacen nuestras madres. Y vemos cómo hay perros que cuando muere su amo se queda en su tumba hasta morir ellos también. ¿Y la vida de las abejas? En ellas no solo hay vida, hay organización y trabajo. ¿Cuántas sociedades de vidas semejantes hay? ¿No habrá mundos invisibles en otra dimensión junto a nosotros? ¿Cómo será el mundo de los ángeles, de los arcángeles, de serafines y de querubines? ¿Habrá un solo Dios o habrá otros de menor jerarquía como dice la Odisea?

Todo vibra, desde el neutrón del átomo hasta la tierra misma, teniendo su propia característica. Cuyo vibra y tiene una melodiosa tonada, o un Córdoba con un alma alegre en sus cuartetos, una tristeza en el tango en Buenos Aires y Montevideo. En América Central, la música festiva del mambo, la cumbia o el merengue. Pero hay vibraciones de mundos superiores que captaron hombres como Mozart, Beethoven y tantos otros. ¿Qué hay detrás de todo esto? Por eso deseo tener la llave de la sabiduría, sería el más preciado bien del hombre y poderlo escribir en esos viejos papeles, para darlos a conocer. Tal vez los tirarían, o encuadernados lujosamente, pero archivados en el estante de una biblioteca, sin que nadie los leyera.

A pesar de esto lo escribiría igual, pidiendo a Dios, la sabiduría de Sócrates que con sabias palabras dijo “Lo único que sé, es que no sé nada”. La humildad de Mahatma Gandhi, que sin tirar una sola bala, liberó a 800 millones de hindúes, de los déspotas ingleses. O tener la visión del futuro como lo tuvo Julio Verne. O la alegría de un dibujo cómico, pero con la profunda verdad de Mafalda de Quino.

Sé que no sé. Sé que ignoro casi todo. Sé que soy equivocado y cometo errores como todos los seres humanos.

Por eso... aquel carpintero de hace 2000 años, clavado en una cruz dijo. “Perdónales Señor, no saben lo que hacen”

Tomé la llave y la guardé de recuerdo, al deseo de conocer la verdad, y en esos viejos papeles, escribí todo esto que estoy meditando.

Me alegraría poder hacer conocer mis dudas, porque entonces seríamos muchos los que buscan la SABIDURIA, aunque no tengan la llave y esos viejos papeles en blanco.

30- LA LLAVE DEL ANCIANO

Juan Carlos Sinnott

La Plata (Buenos Aires- Argentina)

Esta llave vetusta es diferente
y veo que es atípico el formato,
de mi tiempo, tal vez, y me delato
junto arrugas que posan en la frente.

Siento a veces que estoy desconcertado
y se nubla en la mente el pensamiento,
temeroso en las noches me impaciento,
me angustia no acordarme del pasado.

Hallé la solución, y con premura
esa llave inserté en la cerradura
para empujar la puerta mi memoria.

Y observando al jardín en la distancia,
salté por la ventana de mi historia
para abrazar amigos de la infancia.

31- UNA LLAVE MULTICOLOR

Edita Gaité

Rosario (Santa Fe- Argentina)

El sol golpeaba las sombras, las incendiaba. Los rayos deslumbrantes despertaban la mañana, que se desperezaba matizando de alegría de la vida que se movía plenamente.

Alicia no había dormido bien, la calle la esperaba con muchos trámites por hacer, así que se apresuró a buscar la documentación necesaria, que debía ordenar antes de salir. Ella sabe de su valor y de sus pruebas, de sus altibajos, de sus miedos, y de su vida matizada con tan diversos colores. De todos modos, sigue adelante, como siempre lo hizo, y va hacia esa propuesta nueva, ya que cada vez que planeó algo, no cejó hasta conseguirlo.

Hacía tanto que no revisaba sus papeles, por eso se dirigió prontamente al cajón olvidado del viejo placard. Así ocurrió que sus manos descubrieron una llave pequeña, dorada, que la detuvo y la llevó a abrir ese pequeño cofre donde en un tiempo lejano escribía y guardaba sus memorias. Las hojas lucían con un color desteñido, viejo y las letras apenas se notaban, pero empezó a recorrerlas reviviendo su pasado. Cierra sus ojos y aparece ante ella un lienzo multicolor, como una pintura mágica, donde está dibujado todo, Allá muy lejos, pintada de un azul intenso y muy tierno ve su niñez, el colegio, sus amigos, una infancia feliz, plena, que existía en todos los lugares que frecuentaba. Fue la primogénita, también la primera nieta y sobrina, la preferida de todos, en una familia unida, donde ella era el centro de los mimos y consentimientos. Allí estaba su madre, con sus múltiples tareas de la casa, su dedicación, su entrega, y su padre tan rudo, trabajador incansable y siempre dispuesto a hacer algo más por la educación de sus hijos.

Así fue creciendo, empezó la escuela primaria, siendo siempre una buena alumna. Se propuso terminar ese primer ciclo en forma brillante, para luego poner énfasis en la secundaria, ya que su meta era llegar a ser una joven y próspera abogada. Se veía trabajando del lado de los justos, encaminando a la sociedad a vivir mejor, ayudando a todos, sin importarle su riqueza, su educación, su nivel social.

Pero en un amanecer cálido, el cual lo adornaban las primeras flores de primavera, inundadas de gorjeos, donde todo prometía lo mejor, llegó su primer dolor. Su padre, su gran confidente, su compinche de los momentos más caros, se fue de la casa. Había partido tras un amor y ese abandono, tan brusco e inesperado,

hizo en ella una herida desgarrante y también su primer silencio. Tuvo que guardar sus lágrimas, endurecerse, apoyar a su madre.

También, a pesar de sus pocos años, empezó a compartir tareas, trabajar, ayudar. Colaboraba en la cocina, ya que su mamá se dedicó a la pastelería para mantener la casa. También salía a vender las cosas preparadas.

Ese trayecto fue bastante costoso. Las piedras eran demasiado pesadas para su edad, pero tuvo que sortearlas, atenta a todos los cambios, madurando cada día, anteponiendo el valor, a sus sentimientos.

A los quince años, las diferencias sumaron en la escuela secundaria, que para poder completar tuvo que pasar al turno noche.

Pero no descansó, y finalmente obtuvo su bachiller en medio de felicitaciones.

No pudo acceder al viaje de egresados, pero no lo tuvo en cuenta, estaba armada para una lucha, distinta a la de las chicas de su edad, pero ella sí podía hacerlo. Había saltado de la niñez, para ser una persona mayor, olvidándose de ciertos detalles concernientes a su edad.

A los veinte años ingresó a la facultad y fue allí que empezaron a dispararse sus sentimientos que había guardado durante tanto tiempo.

Entonces un rojo intenso pintó sus días. Primero se enamoró con todas sus fuerzas, luego comenzó a luchar contra las injusticias, a igualar deberes y derechos, para que pudieran acceder mucha gente injustamente postergada. Sí, lo que había soñado en su niñez como un paso feliz, se transformaba ahora en un obstáculo para brillar en su carrera. A pesar de todo no cejó y dedicó sus horas para obtener un resultado de igualdad y amor.

Su pareja, con sus mismos ideales, fue el aliado para avanzar hacia lo que ella decidió que era su horizonte. Reuniones, planes, estadísticas, y un movimiento por la paz, los derechos, la libertad.

Para coronar esa vida intensa, en ese tiempo nació su hija Milagros, y sintió que la victoria le pertenecía.

Pero no fue así, el tropiezo fue grande y en una tarde lluviosa, su gran amor quedó en el camino, durmiendo con sus ideales para siempre. Y ella pasó a ser dueña de un color muy gris, sus días fueron oscuros, en un encierro que tuvo tonos de cruel invierno. Allí pensaba sólo en su hija, ya que, cuando el sol volviera a ella, todo sería distinto, su dedicación sería Milagros, que la esperaba, siendo ése el motivo por el cual aprendió a rezar, recuperando sus fuerzas.

Cuando la puerta se abrió, un cálido amarillo le perteneció, y en su paisaje sólo hubo metas cubiertas de valor y trabajo.

Ahora la niña ya es una joven llena de atributos, y ella descubre que la vida le va devolviendo cosas que creía perdidas y muy valiosas por cierto. Su porvenir está pintado de un color verde, lleno de esperanzas.

Su camino tuvo matices multicolores. Aquella infancia azul de sus afectos mejores. Una adolescencia gris, pero cambiante, que ella fue transformando y pasándola al verde, plagado de esperanzas. Una juventud roja, cargada de pasión en todos sus actos que la llevó a un espacio de tiempo oscuro que no pintó de ningún color. Pero a sus brazos volvió la ternura, cuando acunó su pimpollo rosa y bello como no hubo igual. El cálido amarillo cubrió los pasos de su pequeña. Y ahora, en sus manos, esa llavecita dorada, que con sus recuerdos le alcanza la fuerza para seguir en su lucha.

Porque así avanzó, así avanzará ahora, que tiene que vencer otras situaciones, pero ella sabe que su pasado es un recuerdo, que le da valor, ya con sus sesenta años a cuestas, descubre cuantas cosas puede hacer, trabajando con sus pares.

La edad es la que canta el corazón, y el suyo vibra de matices multicolores. Luchó, sufrió, pero qué es la vida sino eso, caer, levantarse, pero seguir adelante

Si, esa llave mágica que sus manos sostienen, seguro le abrirá los caminos que van hacia su horizonte, ahora pintado de blanco, ya que siente en el alma que lo cumplido, la ha impregnado de pureza.

El arco iris que pintó sus utopías, aún está frente a ella, diciéndole que lo vivido ya es recuerdo, invitándola a seguir encontrando los colores impregnados de amor y de paz.

32- AQUELLA LLAVE

Claudia Fernández

Balcarce (Buenos Aires- Argentina)

¿Recuerdas aquella llave? La que, en nuestra infancia, nos abría la puerta del reino de la magia en la casa de los abuelos.

La llave que nos llevaba a ese lugar donde éramos príncipes y princesas en sus reinos. Éramos corsarios navegando en el bravo mar, buscando tesoros que luego escondíamos en una isla remota.

O cuando éramos galantes y valientes caballeros que rescatábamos doncellas de las garras del dragón.

Surcábamos los vastos cielos en cohetes espaciales que nos llevaban a planetas desconocidos e inexplorados donde nosotros éramos conquistadores.

Hacíamos viajes al centro de la tierra, donde vivía la raza de extraterrestres antiguos que usaban la máquina del tiempo para viajar.

Fuimos bandidos y sheriff en el viejo oeste. Fuimos policías y ladrones. Fuimos trapeceistas de circo y también los payasos con sus narices rojas y eternas sonrisas.

Fuimos niños, fuimos felices. Fuimos mimados por abuelos que nos adoraban y que a la hora de la merienda nos golpeaban despacito la puerta para no interrumpir nuestro reino de magia, y nos dejaban la bandeja con vasos de leche caliente y mil galletitas de colores. Los mismos abuelos que, alguna vez también, junto a nosotros eran reyes o astronautas.

El abuelo sheriff que perseguía a los bandidos que siempre escapaban. O la abuela, la princesa que íbamos a rescatar de la torre en que el malvado ogro la tenía cautiva. Esos abuelos que nos llenaban de besos y abrazos.

¿Recuerdas esa llave? Era la que abría la puerta del ático de la casa de los abuelos. Aquel ático lleno de ropa antigua y enseres que convertíamos en nuestro reino de magia.

33- EL ROPERO

Mario Katz

Ciudad de Buenos Aires (Argentina)

Lo despertó un ruido infrecuente.

Un zumbido de baja intensidad. Uniforme, continuo, inquietante.

Encendió la lámpara. Su luz iluminó la primera de las sorpresas.

¡La puerta del ropero estaba abierta!

Tenía la certeza de haberla cerrado. Era un hábito que lo acompañaba desde siempre. Cada noche guardaba la ropa que no usaría en la mañana siguiente, cerraba y daba una vuelta de llave.

Se había preguntado por qué lo hacía, sin encontrar una respuesta; pero si de algo estaba seguro era de que lo seguía haciendo.

Lo esperaba otra sorpresa: El ruido que lo despertó provenía del interior del ropero. Luego de un momento de duda, fue hacia él.

A medida que se acercaba, el sonido era más intenso.

Lo que vio colmó sus asombros. Estaba totalmente vacío, despojado.

No había nada.

No encontró ni el pantalón que, solo unas horas antes, había acomodado en una de las perchas metálicas que había comprado en su último viaje a Suecia.

Al irrumpir en su interior, descubrió un hueco.

Confundido, insensato, no tuvo que hacer ningún esfuerzo para atravesarlo.

Pasaron dos años.

Aguardamos que regrese. Queremos saber que pasó.

34- LA LLAVE

Leonor Ase de D'Aloisio

Pergamino (Buenos Aires- Argentina)

Hoy tengo sólo la llave entre mis manos: mi corazón abatido, me permite solamente pensar, pensar y llorar, te fuiste muy apurado, a pesar que nunca te gustó la prisa, mas la partida fue así muy de prisa, no te reclamo nada, sé aceptar la voluntad de Dios y respetarla aunque por dentro tengo destrozada el alma. Tantas veces a la llave le pregunto cómo tengo que hacer para abrir nuevamente el corazón y encontrarte, ella está muda, helada como estaba tu rostro en el último beso, el de mi despedida. Mis labios tibios quisieron abrigarte pero el frío de la muerte es claudicante, si hasta me pareció que quiso instalarse en mi corazón, pero fue sólo un instante porque yo tenía la llave, quién podría entrar si tú... estabas... ya muy lejos. Ella ahí, manteniendo su helada presencia; más la llave sí, tomó de la tibieza de mis manos y hasta fue braza ardiente, transmitiendo el calor de ese amor que ella bien conocía.

Ayer la dejé sobre la almohada, mis manos temblaban, retiré el broche que sujetaba los sobres, fui abriendo uno a uno, leí y releí tus cartas y las mías, las de los tiempos en que nos escribíamos, cuando era imposible vernos, esas de los años de adolescentes...cuántos planes... cuántos besos y abrazos todos juntos, algunas pocas fotos de salidas fortuitas, las que tanto disfrutábamos. La llave entendía mi pena y tal como yo le hablo, me invitó a guardar todo y dejarla que ella se encargue...

35- RETAZOS DE VIDA

Cristina Gioffreda

C.A.B.A. (Buenos Aires- Argentina)

Era una de esas frías tardes de otoño, miré por la ventana las hojas secas formando remolinos por la calle empedrada, el leño crepitando en la salamandra y el café

recién hecho impregnando la casa, trajeron a mi memoria ese lugar donde encerraba el pasado.

Busqué algo dulce que acompañara la tarde, la nostalgia ya estaba allí, para recordarme dónde guardaba la llave antigua de bronce que recorriera las cortinas del tiempo.

En el viejo cofre yacía un manojo de violetas silvestres envueltas en papel de seda, donde, aunque borrosa, podía leerse una fecha que mejor no recordar por lo lejana; fotos de un amor que no fue con las imágenes de nosotros dos, alegres, diáfanos, bellos, plenos, después la vida se encargó de llevarnos por distintos caminos, aunque ese amor se quedó instalado en mí para toda la vida; en una caja diminuta, una media medalla y una alianza de plata dormía un sueño inconcluso.

Mientras un puñado de cartas ajadas y desteñidas esperaban ser leídas una vez más; abrí esas cartas que me escribiste adolescente, y acaricié con mi vista cada letra, cada palabra, hasta que mis ojos las desdibujaran de tanto recorrer sus frases. Una historia de amor como tantas... solo que esa era la nuestra, única e irrepetible.

Ordené los recuerdos y cerré nuevamente el cofre; todo está muy bien así.

La nostalgia se ha acrecentado en esta tarde que comienza a agrisar sus colores y silenciar sus sonidos, pongo dos cucharitas de azúcar al café... me gustan los sabores dulces, bucear en mis rincones internos y darme cuenta que la vida ha tenido mucho de dulzor, me gustan los días otoñales, las calles empedradas, el olor a violetas y glicinas, el leño ardiendo en la salamandra, mirar por la ventana la hojarasca y recordar los días placenteros de mi vida acariciando los recuerdos guardados celosamente por una llave de bronce antigua en un cofre con retazos de vida.

36- DEJASTE LA LLAVE
Norma Leonor Degano
San Francisco (Córdoba- Argentina)

Dejaste la llave...

¿Para qué? ...

Ya no hay secretos, todo se comprende sin necesidad de ver o espiar.

Mira los escritos, se han vuelto del color del tiempo y con él se fueron.

Todo es sepia, como la materia colorante. A mí, en cambio, me dice que es pasado remoto, tan remoto que hasta las palabras dormitan.

Podría comenzar con "Érase una vez..."

.....

Si, érase una vez donde el fuego de tus ojos al mirarme me quemaban, tus manos de labrador recorrían suavemente mi cuerpo estremeciéndolo de placer.

El sembradío era nuestro mundo sin fronteras, los sonidos de la naturaleza circundaban y nosotros nos dejábamos llevar.

Ayer, hoy, mañana... así eran nuestros días.

Ayer... la infancia

Hoy... el goce infinito de pertenecer uno al otro.

Mañana... los sueños que aparejaban el futuro promisorio.

El tiempo nunca se detuvo, en su derrotero incesante forjó caminos, abrió grietas, cavó fosas... tan grandes, que entramos parados.

.....

Me gustan esos papeles, hablan de un pasado anclado en ese broche para que no se escape y todo lo demás se borró.

Lo único que trae esencia a mis sentidos, es el color que se asemeja a las hojas crujientes de este otoño prometedor de una nueva vida, cuando florezca la primavera.

Camino a su encuentro...

37- LA LLAVE

Juan Carlos Gruski

Avellaneda (Santa Fe- Argentina)

Esta llave secreta y dorada.
abrirá puertas misteriosas
de la vida.
Es una llave encantada,
que apagará incendios
y alumbrará
con su mágica luz,
la oscuridad de la densa noche.

Noche, que esconde
cosas maravillosas;
en su oscura entraña,
caminan los sueños,
habla el silencio
y una extraña música
nocturna, se expande
largamente.

Hojas mustias, color del tiempo;
han pasado los días,
los años, parte de la vida.
Están dadas vueltas
hacia el reverso, pero en el anverso
están escritas hermosas
cartas de amor;
algunos se concretaron.

Otros, no.
Fueron regadas de lágrimas
y también, iluminadas
por la luz de la felicidad:
¡Cuántas ilusiones marchitas,
sacudidas por el dolor,
inundadas de penas!...
¡Cuántos encuentros furtivos!...

¡El amor, ese inmenso despertar
a la vida y a las bondades de él!...
¡El amor,

esencia de la vida,
motivo de las grandes acciones!
¡Por amor se da la vida!
Sin amor, no habría continuidad
de la existencia.

38- LAS FOTOS DEL BAÚL
María Elena Singh
La Carlota (Córdoba- Argentina)

El viejo baúl estaba siempre como un banco a los pies de la cama de sus padres y nunca reparó en su existencia a pesar de subirse muchas veces por ahí hasta la cama para jugar.

La maestra le había pedido fotos antiguas y su madre abrió el misterioso recinto. No sabía que ella guardaba allí recuerdos de familia muy antiguos y otros muy recientes.

Allí habitaban muchas hojas y documentos desgastados, algunos arrugados y olvidados; cuidados de algún modo de la corrosión del aire y la luz.

Prendidas de un viejo y herrumbrado broche había dos fotos amarillentas y ajadas, como separadas del resto, vaya a saber, por qué motivo.

Todo esto era como encontrar un tesoro escondido. Estaba entusiasmado y la curiosidad lo invadía.

Estiró la mano y tomó las fotos sostenidas por el broche y grande fue su sorpresa cuando vio en las imágenes al mismo hombre con el que había soñado la noche anterior.

Preguntó con asombro a su madre quién era.

Ella respondió:

- Era mi abuelo paterno. Vino de la India en el año catorce, escapando de la guerra, escondido en un barco.

Murió cuando yo tenía diez años.

- Anoche lo conocí en mis sueños – respondió el niño, con naturalidad.

39- QUIERO?
Rita Perlo
Vila (Santa Fe- Argentina)

Quiero utilizar esa llave? Remover añejos recuerdos, o no tan lejanos, repasar fotos del pasado con momentos sublimes, otros descoloridos y algunos tristes? Se diluyen con el tiempo, como la niebla se aleja en la mañana de este otoño. Quiero sí, vivir cada minuto de este día...y de los que vendrán... Captar todos y cada uno de los colores y las luces, el sonido de las risas de los niños, sus caricias..., el susurro de la voz de mis nietas contando algún secreto...el gorjeo de las aves, las melodías armoniosas de la naturaleza, atrapar los abrazos y las miradas de mis hijos, la complicidad de mis amigas, y seguir caminando de la mano de mi compañero para llegar, pasado el invierno a una nueva primavera.

40- SEPIA
Rosa Lía Cuello
Cañada de Gómez (Santa Fe- Argentina)

Estos papeles color sepia
Son una llave
para encontrar las palabras
que una vez tallamos en el viento
para inaugurar el principio
de aquel amor en la distancia.

Hoy duele la ausencia todavía
el tiempo que pasa y desierta las miradas
y el camino imaginario
que lleva hasta tu casa
esa carta que nunca te escribí.

41- LA CASA DE MI ABUELA
Ricardo José Montenegro
Villa Ballester (Buenos Aires- Argentina)

Ya ni recuerdo de donde era la llave. Quizá de la puerta o el cajón de un mueble antiguo de esos que abundaban en la vieja casona de mi abuela. El clip era otro misterio. Seguramente sostuvo entre sus mandíbulas desdentadas un conjunto de papeles de los cuales tampoco quedan memoria, quizás con anotaciones importantes. Anotaciones que se borran con el paso del tiempo cuando sus dueños mueren y de a poco no va quedando nadie que los recuerde.

Yo conocí aquella casa. Era de estilo inglés con paredes de ladrillos a la vista y ventanas de madera pintadas de verde con vidrios emplomados formando dibujos tales como ignotos escudos de armas supuestamente falsos ya que mi abuela no tenía ningún antecedente noble entre sus ancestros

En realidad la riqueza de mi abuela había sido amasada por su padre, el viejo Charles Landfort. Cualquiera que haya vivido por la zona ha oído de Landfort. Era un empresario para los habitantes del pueblo que ignoraban sus verdaderas actividades presuntamente ilegales. Un self made man nacido en la más pobre de las casas del más pobre de los barrios y aun siendo joven ya disponía de dinero suficiente para comprar la mitad de los negocios de la ciudad.

No tuve la suerte, o la desdicha, de haber conocido a mi bisabuelo. En mi niñez solía escuchar a mis padres conversando sobre los negocios de Landfort hasta que reaccionaban y dándose cuenta que yo estaba allí me echaban de la sala mandándome al dormitorio. Por lo tanto nunca tuve, entonces, una clara idea de cómo adquirió su riqueza.

Y ahora, estoy sentado mirando los objetos que quedaron luego de que la casa de mi abuela fuera demolida pues mis padres vendieron la propiedad y la compró un empresario de bienes raíces que tenía proyectado construir un gran edificio de departamentos.

Muebles y toda clase de obras de arte fueron rematados en una enorme carpa situada en el mismo terreno. Y allí es donde estoy. Mirando sin poner demasiada atención. No soy afecto a las cosas antiguas. Soy amante del modernismo.

Pero esos papeles viejos, ajados y amarillentos, el clip y la llave han captado mi curiosidad y no me explico por qué. Son como un imán del que no me puedo desprender.

¿Por qué esos papeles sin anotaciones estaban acomodados como si fueran importantes? ¿Por qué estaban en blanco? ¿Alguien los dejó como al descuido? ¿O quisieron dejar un mensaje? ¿Y por qué yo me sentía tentado de tomarlos y estudiarlos?

No resistí el deseo. Tomé la llave y abroché los papeles con el clip y me los llevé a casa. Estuve varios días mirándolos sin darme cuenta que ya se habían convertido en una obsesión. Y probablemente hubiera seguido así si no hubiera sucedido lo que sucedió.

Una de las hojas quedó cerca de la pava caliente que usaba para el mate. Cuando la separé me di cuenta que se estaba formando un texto que estaba invisible antes de que le llegara el calor.

La escritura indicaba un plano de la casa y un punto marcado. Con lo que sabía de la distribución me di cuenta que era el sótano, al que nunca accedí pues su puerta siempre estaba cerrada con llave. ¡La llave!

Tome el resto de los papeles y los acerque al calor. Con gran sorpresa pude ver que se trataba de una lista de cantidades de dinero y hasta de lingotes de oro. ¡Era evidente que estaban escondidos en el sótano!

Salí corriendo de mi casa. Lo hice tan rápido como pude. Al llegar al terreno ya vacío y rodeado de una alta valla pude ver que todavía había operarios trabajando. Quise entrar y no me dejaron. Intente usar la fuerza pero eran varios y lograron echarme de nuevo a la vereda.

Impotente, no se me ocurrió mejor idea que revelarles mi hallazgo con ellos para que pudiéramos compartirlo. Una gran carcajada a coro fue la única respuesta.

Mientras tanto, la grúa levantaba un enorme arcón de madera y lo depositaba en un camión. Los operarios no dejaban de burlarse de mí.

42- UN VIAJE AL PASADO

Soledad Ayala

Vila (Santa Fe- Argentina)

Llaves que abren historias guardadas en el corazón, otras en la memoria y muchas otras escritas guardadas en cofres a las que recurrimos cuando estamos tristes, cuando extrañamos, cuando no sabemos dónde estamos, cofres que se abren para recordar relatos que marcaron nuestras vidas.

Hoy encontré la llave para abrir mi cofre y contar un pedacito de la vida de mi bisabuelo, el que dejó una de las marcas más importantes en mí.

Fernando, fuerte, alto y con una paz que solo él podía llevar.

Llego a Argentina por allá en 1915 con sus papás y hermanos, venían todos de Italia, para ser más específicos de Turín.

Sí, eran inmigrantes y llagaron a Argentina en busca de un futuro.

¡Y vaya que lo encontró!

Se enamoró de la mujer más testaruda y buena que había en el mundo (algo tenía que sacarlo de su paz), luego llegaron sus hijos, y con ellos nietos y de más está decir que también bisnietos.

Fernando, en tono suave y chistoso, hablaba de su vida y en cada cena, con una copa de vino blanco, repetía alguna que otra anécdota que les gustaba escuchar a sus nietos.

Entre tantas de esas cenas y relatos que contaba, siempre tenía presente su llegada al país, la guerra, su primer y único amor, cómo logró todo lo que tenía y cuánto amaba vivir, porque si hay algo que no dejó nunca de hacer fue vivir.

A mí, particularmente me gustaba que me cuente de su familia.

Era el hombre más memorioso que conocí y a sus 95 años seguía contándome con nombre, fecha y detalle, sobre sus papás, hermanos y alguna que otra cosa que recordaba en el momento.

Yo, para no olvidarme nunca de eso, me armé su árbol genealógico.

Árbol que quedó plasmado en un papel y que hoy es mi mejor tesoro, mi ancla y mi salvavidas.

Un pedazo de él, que me acompañara siempre.

43- CONTENIDOS EN CONTEXTO

Anselmo Miguel Molinas

Santa Fe (Argentina)

Encontrarás un cofre de madera añeja unida, sin clavos. Lo alzarás con dificultad. Te darás cuenta que no posee cierre alguno. Detendrás la tentación de levantar la tapa. Llamarás, solicitarás permiso y te enfadarás al recibir la respuesta que buscabas. Esperarás abrirla, hasta exasperarte, pero esa ha sido tu determinación. Dirás que te forzaron a requerir autorización, sabrás que es una calumnia. Reconocerás que te obligaste a ello, como un acuerdo, será verdad.

Verás mi llegada. No será una sorpresa. Significará aceptar una decisión impuesta, un legado de ausentes. Comprometer mi presencia ha sido tu elección.

Reconocerás que acepté abrir juntos el viejo arcón, nunca fue de tu gusto. Abandonarás la molestia de la espera, cumplirás el mandato, será, quizá, una sanación para nosotros, los aún vivos.

Comprenderás que aquella orden que nos dieron pudo tener alguna lógica y pensarás que podríamos estar frente a un absurdo.

Imaginarás inútilmente el contenido, posibilidad inaccesible y poco atrayente, un misterio ajado, depreciado, apenas una suposición. Alejarnos de nuestros padres y entre nosotros dos fue una elección familiar, parte de un trato encubierto que no inquietaba sentimientos.

Admitirás que todo se tornó difícil. Reconocerás que para ti el haber sido el menor te complicó, papá y mamá fueron dos ancianos desconocidos. Embrutecidos tras el arado y el trabajo para su bolsillo, estéril.

Cumplirás lo prometido y me verás acompañarte. Creerás que otro interés me mueve, eso será una farsa. Jurarás y recibirás junto a mí el único dato que nos dieron. Nos miraremos para reconocernos. Ambicionarás una herencia imposible.

Pronto confirmarás que nada del contenido del cofre vale, contendrá miseria.

Tiempo después de que no nos sorprendiera la muerte de los viejos, sabrás que, todo se transformará en un ridículo cuadro dramático. La puesta en escena parecerá importante; crearlo, imposible. Su fallecimiento solo significó no asistir a sus entierros.

Recibirás luego el llamado de un pariente, habitante del campo lindante. Aceptarás el tardío mensaje y hasta un inocuo pésame.

Conmigo acordarás el día del viaje y el posterior encuentro. Un fastidio.

Te enterarás de que no vamos a ser propietarios ni de inmuebles, ni de tierras. Nos quedará quemar desechos, despedirnos sin dolores del lugar donde nacimos y devolver la choza y la finca a sus dueños. Y así finalizará la tarea.

No creerás que algo cambiará nuestras vidas; sería un engaño. Sincerar la situación es todo. Pensarás que las langostas, la sequía y el hambre nos arrojaron de allí, es falso. Nos fuimos y los abandonamos seguros de no ser condenados.

Remordimientos, inútil negarlos, tanto como justificar los hechos. Tener a mano las razones del porqué lo hicimos, ya no valen. Hoy volver es lo único que molesta, pero hay que hacerlo.

Pensarás en el valor que contendrá el rústico cofre de madera añeja unida sin clavos; una ficción. Sabrás que es imposible adivinar qué hicieron de él los dos viejos, solos, enfermos, esquizofrénicos. Podríamos no encontrarlo.

“Hermano, olvidarte es la actitud más comprensible. Hagámoslo”, te diría y apuraría la limpieza de la casa antes de que el sol huya de la noche.

Olvidar, a veces es bueno, hasta necesario. Rebuscar, una actitud de avaro, de codicioso y ruin. Recordarás la orden de papá, volver para buscar la caja.

No te resultará fácil hallarla, plantarla junto a mi vista, pero intentarás. Esperarás mi consentimiento para abrirla, oírme decir que sí. Sentirás la emoción del codicioso. Levantarás la tapa convencido de que si yo la encontraba no te lo hubiera dicho. Creerás que tener un cuchillo en la cintura te hace peligroso. Intenta usarlo. Sabrás cuán rápido es el plomo de un 38.

Abrirás el cofre, echarás una primera mirada. Tomarás doce páginas recortadas escritas con tipos de imprenta. Descubrirás que son las que faltan a los únicos libros sin dueños que habitaban en la casa y nunca se leyeron. Nadie sabía hacerlo, ninguno se interesaría. Quizá odio acumulado, un desenlace cerebral ignorado, fue papá quien lo hizo con tijeras. En otras hojas apretadas por un broche metálico verás un mensaje, un anuncio para el que acepta los misterios, están en blanco. Y creerás que había otras cosas quizá, antes de que llegues, sustraídas por el pariente vecino. Oirás lo que dice, eso de que el viejo le contó antes de morir, el encuentro de un tesoro enterrado, la bolsa con antiguas monedas españolas de oro que bien las tenía a resguardo en un depósito situado en la ciudad. Y verás aquí solo una caja de madera añeja unida sin clavos, que guarda hojas de libros despojados, un broche apretando otras en blanco y una llave hermosa y obsoleta que permitiría descubrir la riqueza acobachada.

Palparás la hermosa llave. Se estremecerán, por un segundo, nuestros espíritus y se sacudirán las carnes hasta el temblor. Te darás cuenta que desconoces el lugar donde hallar la concavidad de la bocallave. Eso te abatirá. Sentirás que no ha sido un olvido y padecerás el sabor de la venganza. Soltarás la llave, la tapa se cerrará sola y me verás de espalda partir. Hermano, así es la vida.

44- IMAGINACIÓN

María Cristina Noguera

Pergamino (Buenos Aires- Argentina)

Con esta llave
abro mis alas
llego al horizonte
derramo las mieles.

Con esta llave
guardo recuerdos
dibujo el día, la noche
extendiendo la melancolía.

Con esta llave
recuerdo ausencias
enhebro las horas del hoy
navego hacia el mañana.

Con esta llave
despierto sueños
y sueño despierta.

45- EN LA ETERNIDAD

Nilda Fux

Rafaela (Santa Fe- Argentina)

Algo, una fuerza extraña me llevó hasta allí. Hacía muchos años que no visitaba la antigua casa de la abuela. El perderla, hacía ya más de una década, fue un golpe muy duro y, desde entonces, no me había atrevido a atravesar el umbral del acogedor lugar.

Al ingresar me invadió la pena. Fue algo terriblemente desolador. Nada de lo que conocía era como la recordaba. Todo allí se veía diferente. La sala, otrora color verde oscuro, hoy solo se desplegaba cual húmeda y resquebrajada fotografía de la decadencia. Algunos apolillados muebles aún permanecían allí, desafiando el inexorable calendario. Tanto tiempo sin ser habitada hicieron de ese hogar una tapera inhabitable. Solo ruinas subsistían.

Al final de aquella habitación podía observarse, dejando pasar a través de ella el sol otoñal, en dudoso estado de conservación, la enorme mampara que conducía al patio. Sus enormes vidrios, de variados colores, sorprendentemente, permanecían intactos. Sin dudarle un instante me dirigí a su encuentro con paso firme y abrí aquella enmohecida puerta. Frente de mí, acusando el olvido, apareció el indisciplinado follaje de variadas plantas, únicos habitantes vivientes, testigos de mi niñez junto a la anciana.

Internarme en aquel patio me pareció una aventura dantesca, un retorno a mi niñez. Por un instante unos tropeles de recuerdos se apoderaron de mí. Todo era nostalgia. Los olores a malvones florecidos, horas en la improvisada hamaca construida con sogas y madera de cajón de manzanas, las meriendas con pan y dulce de zapallo, hecho con el amor de las ágiles manos arrugadas por el transcurso de la vida. Era raro estar allí.

Solo el crujir de las hojas desarmándose debajo de mis pies, me regresaron al momento real, fuera de eso, todo era mágico.

Sin pensarlo, alucinando el pasado en el presente, llegué hasta el galponcito del fondo. En absoluto lo frecuentaba en mi infancia. Su ubicación tan alejada, su construcción tan precaria, y el miedo a lo que escondía, hicieron que me mantenga a distancia prudente el él. Pero ya estaba en el lugar. Empujé levemente la puerta y ésta, sin oponer resistencia se abrió. Un paso y ya estaba dentro.

¿Qué me había llevado a este lugar? Algo mágico moraba en el aire. Un extraño perfume a colonia Ambré inundó todo el espacio. Aquel aroma solo podía asociarlo a la antigua residente del sitio. No podía verla, pero, sí, ella estaba en aquel ruinoso depósito. Todo mi cuerpo se estremeció al percibirlo, pero una confortable sensación de paz anegó el espacio. Quizás mis ojos no conseguían divisarla, pero mi alma sí y

eso transformaba ese instante en una maravillosa alucinación a la que no pensaba dimitir.

Esa energía envolvió mi cuerpo y me convirtió en desquiciado autómatas. Caminé hacia un polvoriento estante, estiré mi brazo desconociendo qué buscaba. Un infrecuente gozo se apoderó de mí al ver en mi mano una derruida llavecilla. Volteé y al otro lado de la abandonada construcción, como un secreto gritado en plena calle, podía observarse, a la espera de ser abierto, un cofre.

Fue solo responder a un impulso y de un solo giro destrabar el acceso de aquel compartimiento, custodio de escondidos tesoros. No más preámbulos en la acción y sin demora acceder al contenido del recipiente.

Mi corazón, en ese momento, latía con tanta potencia que ni cien vientos huracanados lograrían compararse a su fuerza. ¿Era yo viviendo ese momento o aquella poderosa energía me poseía? No lograba entender qué sucedía, pero el frenesí dislocante de ese instante era embriagador.

Ahí, como relato inconfesado se encontraban varias hojas de un papel amarillento. Temblorosa tomé una entre mis manos al instante en que mis ojos se colmaban de lágrimas. Jamás podré relatar cuál era el contenido de ese hallazgo puesto que, en ese momento, el ente que me poseía nubló mi vista a la vez que apretujó en mi pecho aquel retazo de memoria.

Cuando mi visión se desveló, el cofre ya no estaba, tampoco la llave y solo había en aquel mugroso sitio un repugnante olor a humedad.

Algo, una fuerza extraña me llevó hasta allí y ahora comprendo que ha sido...

Hay secretos que pertenecen a la eternidad.

46- INTRASCENDENCIA
Yanet Helena Henao Lopera
Medellín (Colombia)

Papeles apilados,
invisibles al presente.
Hedor de los días moribundos:
¡solo moho y humedad!

Hojas huérfanas,
desterradas por la amnesia.
No hay pasado, no hay futuro...
¡decrepitud nefanda!

Cartas desahuciadas,
a la espera del mortal rasgido,
sobre la geometría plana
de un escritorio olvidado.

Testimonios escritos
—de un empeño, un juramento, un contrato...—
rezagados en el tiempo,
¡abrazando la extinción!

La clave encriptada
de un registro prohibido;

la referencia de un archivo;
o solo una cifra del azar.

Recuerdos anotados...
realidades olvidadas
que descansan bajo el peso
de una única llave...

¡De la que no somos los dueños!

47- RECUERDOS DE FAMILIA
María de los Ángeles Albornoz
Monteros (Tucumán-Argentina)

En esta tarde, gris y fría de un mayo otoñal, decidí ordenar la biblioteca, y encontré el álbum familiar, dejé de lado los libros, me puse cómoda y comencé a mirar las fotos de mis primeros años de vida. La fotografía de mi bisabuela Teresa, sentada en su hamaca, me trajo a la memoria, un domingo en la década del 40.

-Nuestra familia acostumbraba reunir a los parientes en un almuerzo, un domingo por mes, alternando las reuniones en casa de nuestros tíos abuelos maternos. La reunión tuvo lugar en casa de mis abuelos Ángel y Rosa, a la nunca pude decirle **abuela**, debía llamarla Mamá Rosa. Los hombres se ocupaban de armar, con tablones y caballetes, una larga mesa en el patio, mi bisabuela Teresa, se mecía en su hamaca de madera y mimbre. Las mujeres en la cocina, se encargaban de preparar exquisitos tallarines con salsa, a los niños nos mandaban a jugar. Este fue un domingo muy particular, cansada y agitada, fui a la cocina por agua, mi madre me alcanzó un vaso con agua fresca y volvió a sus menesteres. Curiosa como todo niño, oculta tras la puerta, las escuchaba hablar en voz baja. Quedé intrigada- ¿por qué hablaban así?

Llegó septiembre con perfume a jazmines de nuestro jardín, a minutos del mediodía, sonó el timbre, era el cartero, me pareció raro, acostumbraba pasar por el barrio a eso de las nueve de la mañana. Apresuré el paso, es un telegrama -dijo el cartero- y me hizo firmar una planilla. Venía dirigido a mi padre, Ángel Miguel, el tercero de nueve hermanos, cuya raíz materna, provenía de Italia, en Udine, Venecia. Entregué el telegrama, mientras lo leía, algunas lágrimas empañaban su mirada. El almuerzo era un momento sagrado, toda la familia alrededor de la mesa bendiciendo los alimentos, era aprovechado por nuestros padres para conversar sobre nuestros estudios, y hacer recomendaciones, sobre el respeto y obediencia a la maestra, **segunda madre**, que hoy recuerdo con nostalgia. Yo cursaba el segundo grado de la primaria (tercer grado de ahora), en una escuela pública, mi hermana Teresa, el primer grado, en un colegio religioso. Finalizado el almuerzo, mi padre con voz pausada, comentó el contenido del texto del telegrama: "Falleció Teresa".

- No queríamos preocupar a la abuela Teresa (nuestra bisabuela) sobre el delicado estado de salud de su madre Teresa, (nuestra tatarabuela) luego de una larga enfermedad, de la que teníamos conocimiento. Había quedado viuda muy joven y nunca pudo superar la partida de sus hijos Luis con su esposa Ana, y cinco hijos, mi abuela Teresa, con su esposo Valentín y seis hijos, tres varones y tres mujeres, en busca de nuevas oportunidades., en Argentina. Lo hicieron gracias a la ayuda de su madre, y parientes, familia de buena posición económica. Repuesto de la

emoción dijo: debo avisar a mi madre y a mis tíos. Nos levantamos en silencio, pasamos a la cocina para ayudar a nuestra madre, mamá lavaba los utensilios de cocina, yo ayudaba a secar platos y cubiertos, mi hermanita a guardar los cubiertos.

El domingo al mediodía, finalizado el almuerzo, papá retomó la conversación:

- La Nona Teresa nos contaba que el viaje a Argentina, fue largo y sacrificado, lo hicieron alentados por parientes que se aventuraron a viajar, años antes y formaron sus hogares en Colonia Caroya, localidad de la provincia de Córdoba. A su hermano Luis, le gustó el lugar y se radicó allí. Mis abuelos, viajaron al norte y se radicaron en Monteros, en Tucumán, inauguraron una casa de comida, donde trabajaba toda la familia. Ese día comprendí la conversación en voz baja, que me intrigara en su momento, el *secreto* era el estado de salud de su abuela Teresa, que ya había sufrido la pérdida de su esposo Valentín y no querían preocuparla, además, descubrí el porqué de tantas *Teresa* en la familia.

Pasaron siete años, la vida continuaba con alegrías y sobresaltos, la bisabuela, falleció, todos decían “murió de pena”. Un domingo de mayo, reunidos en casa de tío Ernesto, uno de los cinco hermanos de Mamá Rosa, los mayores comentaban que la familia debía contribuir, para que Dante, hermano de mi Mamá Rosa, viaje a Italia, para representar a la familia, por asuntos relacionados con la herencia de los parientes que sobrevivieron a la segunda Guerra Mundial.

De regreso a casa, mi madre, mirándonos con ternura dijo: tendrán que ser muy cuidadosas con todo, tenemos que ahorrar para ayudar a la familia. Con su padre, acordamos colaborar con dinero, para la compra del pasaje del tío Dante.

Después de tres o cuatro meses, recibimos noticias, tío Dante estaba de regreso y traía noticias. Llegó a nuestra casa, una vez más en domingo, jornada plena de emociones. En cierto momento, colocó sobre la mesa, una caja de madera labrada, no conocía su contenido, con manos temblorosas, tomó una llave de bronce, que traía consigo, y la abrió. Sorprendido, tomó una a una, hojas de papel, eran cartas amarillentas, arrugadas y de bordes gastados, el tesoro máspreciado de su abuela Teresa, que hoy pasaba de mano en mano, entre sus descendientes. Luego dos fotografías en blanco y negro, una de toda la familia, recuerdo de despedida y la otra abrazada a sus hijos, el día la partida. La imaginé contemplando esas fotografías, leyendo esas cartas y la hoja desprendida, de un libro, tal vez de un devocionario...

48- NADIE NADA NUNCA

Diego Lanis

C.A.B.A. (Buenos Aires- Argentina)

Papel ajado

base que sostiene

hojas se deslizan

hasta apenas poder

verse.

Puntas que sugieren

dobles más no

bordes continuos.

Espesores de papel

esconden historias.

Qué blancas las ideas

sin la tinta,
Recuadros de una
carta nunca escrita.
Papeles que amontona
el tiempo.
Recuerdos del futuro.
Resabios de un pasado
presente.
Fruto de un árbol de
leyenda.
Broche que aprisiona
los decires nunca dichos.
Sujeción que no afloja.
Estrías que se mecen
al viento y transportan
letras invisibles al
espacio.
Llave que no gira hace
tiempo.
Cerradura que se espía
a sí misma. Cuando mira
ya no hay nada.
La llave se llevó consigo
al broche, los papeles y
lo escrito.
Fue la última en entrar.
Tras ella, sólo queda
lo inexistente.
Un sueño de papel.

49- EL DIARIO DE ZOE
Jorge Emilio Bossa
San Francisco (Córdoba- Argentina)

Cuando una nave extraterrestre volvió a descender sobre la Tierra, el Siglo XXI (según el calendario de dicho planeta) ya se aproximaba a su final. Habían pasado varios años desde el último aterrizaje. ¿El motivo? El mundo se había convertido en una brasa incandescente. El agua y el aire estaban completamente viciados. Ya no quedaban vestigios de vida animal, ni vegetal. La contaminación, la deforestación, las guerras y la destrucción de las centrales nucleares se convirtieron en una lava, no precisamente volcánica, que arrasó con todo.

Tras haberse apagado aquella pira, el platillo aterrizó sobre un páramo cuadrado, al tiempo que levantaba una nube de cenizas. Sus pocos tripulantes descendieron, provistos de un sofisticado vestuario para evitar efectos nocivos sobre sus cuerpos. Tefla, el líder del grupo, quien había estudiado durante siglos la vida en dicho planeta, explicó a sus discípulos... “Este sitio era un espacio verde, al que los

humanos llamaban ‘plaza’. Estaba cubierto de árboles y flores. También había juegos infantiles. Ese herrumbrado arco de caño era el soporte de unos columpios en los que los niños solían hamacarse. Lo que vemos alrededor de este lugar son ruinas de viviendas. Aquella construcción más grande que quedó por el piso era una iglesia, donde muchos terrícolas asistían a adorar a su Dios.”

Caminaron varios metros y encontraron una casa que, a pesar de su deterioro, aun se mantenía en pie. La puerta estaba caída, sobre la vereda. La corrieron e ingresaron. A medida que la recorrían, veían el penoso estado de los muebles, pero ni vestigios de vida. Tefla narraba qué función cumplía cada habitación. Luego levantó un portarretratos que estaba caído sobre una mesa con su frente hacia abajo. Al tomarlo se desintegró, pero pudieron divisar una vieja fotografía... “Aquí podemos ver una típica familia: el padre, la madre, sus dos hijos (una niña y un varón) y su perro, el animal que cumplía el rol de mascota”.

En el cuarto matrimonial hallaron un placar derrumbado y, entre los restos de madera, una sencilla caja fuerte de hierro. La misma no tenía combinación, solo un simple cerrojo. Consideraron muy importante ese hallazgo, porque lo que hubiera allí dentro seguramente se encontraría indemne a tanta destrucción. Pero debían hallar la llave que develara el secreto.

Al entrar a la última habitación, la angustia se apoderó de los visitantes. Sobre una deteriorada cama se hallaba el cuerpo casi petrificado de una joven muchacha. A su lado, una agenda que en su frente decía “2064”. Tefla la tomó con cuidado, para que no se deshaga entre sus dedos, pero la misma se deshojaba al mínimo contacto. No obstante aquel líder pudo leerla, gracias a sus conocimientos sobre los idiomas del planeta, fruto de numerosos estudios.

Luego les contó a sus subordinados que se trataba del “diario íntimo” de una niña llamada Zoe, donde plasmaba sus vivencias, combinadas con algunos poemas sentimentales. Allí narraba el final de la escuela primaria, desde el cual no volvió a ver al chico que le gustaba. Hablaba de sus amigas, de su fiesta de quince años y de un nuevo amor que asomaba en su vida y a quien pensaba corresponder...

De pronto, aquellos escritos plenos de esperanza comenzaron a cambiar de tenor. De un día para otro ya no tuvo noticias sobre aquel amado pretendiente. De a poco perdió a sus padres, su hermano y su adorado perrito. Zoe, quien era aún una adolescente, se sintió sola en un mundo agonizante. La desazón se apoderó de su espíritu y escribió: “Existe el Diablo. Él es el culpable de todo. Nos hizo creer que era un Dios y nos sumergió en el infierno. Nos envenenó el alma, pero yo no voy a permitir que haga más daño. Lo voy a encerrar en la caja fuerte de papá y a deshacerme de la llave. Me encargaré de vigilar que no salga nunca más de allí”.

Fueron las últimas palabras escritas por Zoe. ¿Habría llegado a tirar dicha llave? se preguntaron Tefla y los suyos, y comenzaron a revisar toda la casa. Pero el líder fue quien halló, muy cerca de la niña, la respuesta en su mesa de luz. De allí extrajo un cajón. En el mismo había varios papeles amarrados que se convertían en polvo al mínimo contacto. Pero, en el fondo de la gaveta, había una vieja llave de bronce.

“Tefla, allí dentro está el Diablo. ¿No estaremos a punto de abrir una ‘caja de Pandora’, como la de esa leyenda humana que usted nos contó?”, dijo un atemorizado visitante. “No teman, yo la abriré”, respondió el cabecilla.

El cerrojo estaba seco y hollinado. El líder lo lubricó y logró abrirlo. Sorprendido, uno de los subordinados exclamó: “¡Aquí hay solo papeles! ¿Dónde está el diablo?”

Tefla contestó: “Debí suponerlo. Ellos guardaban en estos cofres sus valores más preciados: los bienes materiales. No son simples papeles, se llama ‘dinero’. Fue una buena invención de la humanidad, que reemplazó al trueque. Luego, el poder y la ambición desmedida por tenerlo cegaron a muchos habitantes del orbe. Zoe tenía razón: el Diablo les envenenó el alma. Y así, ellos envenenaron al mundo entero.”

Uno de los extraterrestres preguntó si llevarían la caja a su planeta. La respuesta de Tefla, luego de cerrarla nuevamente con llave, fue: “De ninguna manera. Debemos respetar la voluntad de Zoe y dejar el arca bajo su custodia.”

Luego, entre lágrimas, los visitantes se despidieron de la chiquilla. Lamentando no poder besar su frente, abandonaron la casa y volvieron a su platillo.

50- LA HERENCIA Hilda Olivares Michea Chañaral (Chile)

Recorro la casa vieja, el patio de luz y dormitorios, me adelanté a otros herederos, para ver qué consigo de valor antes del reparto legal, en fin, era el nieto regalón de la Tía Amada.

Tía Amada cómo olvidar la falsa alarma llamando en la madrugada porque hurgando en los papeles encontrabas mi número de teléfono, perdón solo querías escuchar mi voz y conversar porque te sentías sola, pero ¿quién responde de buena gana a esas horas? una y otra vez digitabas hasta que me obligabas a desconectar el teléfono, fueron varias noches hasta que volvías a perder mi número, mi nombre, y tu memoria. El trato fue una llamada semanal después de almuerzo, una caja de víveres y la verdura, visitas breves. En los cuartos mucho mueble antiguo arrumado, nada de interés, nada que llame mi atención, ah la jaula enmohecida y aun el esqueleto de tu canario dentro. En su dormitorio el mismo desorden, libros sucios, un legajo de hojas sueltas, amarillas por el tiempo y una llave antigua en la mesita de noche, me las llevé como un recuerdo.

Cerré la puerta y esperé hasta que mis hermanas me llamaron era el día indicado y fuimos los tres arrastrando y apilando en la puerta un montón de roperos y armarios y todo lo en desuso, ollas y cacerolas, sillas, tazas, todo lo que encontramos que no servía, por si alguien lo necesitaba o se iba al basural junto a los vestidos antiguos, había que limpiar la casa y ponerla en arriendo o venderla para generar dinero, fue doloroso ver esa escena.

En lo que fue el living tres montoncitos, eran lo que podía servirnos, lo rescatable, para ser considerado antiguo y de valor en nuestros propios hogares.

Ya tarde, la casa algo limpia y ventilada lucía vacía, despojada de todo aquello que tía Amada valoró, hay que seguir buscando dijo María la vieja era tacaña y plata debe haber juntado, Jacinta también opinada dejamos los colchones para el final ahí debe haber escondido el dinero dice.

Ya en cama me costó quedarme dormido, apoyé la cabeza en la almohada y el rostro de Tía Amada estaba frente a mí una y otra vez, miedo, vergüenza sentimientos de culpa, y sin querer mentalmente quise pedirle perdón por lo que estábamos haciendo, si claramente la ambición nos cegó. Esas palabras resuenan en mi pecho, tengo un beso muerto que no te pude dar, tengo las lágrimas contenidas y ahora las derramo “ Mariquita ”, dijeron mis severas hermanas cuando en la funeraria velaban tu cuerpo y lloré.

No pude mirarme en tus ojos perdidos y entrar en tu mundo mágico y lejano, cierto que nos conectábamos leyendo poemas de amor a ese hombre que hizo latir tu corazón, hace ya tantos años, un amor sin olvido, esto no lo contaba a mis hermanas, ellas se reían, eso era de personas tontas. Y entre vueltas y vueltas y ya sin sueños me levanté a buscar esa extraña llave y los papeles amarillos para buscar ese poema de amor que me hacías leer y encontré entre ellas billetes estirados que se confundían entre los papeles y una hoja escrita para mí “Joaquín esta es la llave de la cajonera blanca que está en mi dormitorio, en una cajita hay dinero que es para ti, gracias por tu compañía” Amada.

Me vestí rápidamente y manejé hasta la vieja casa en la entrada ya no estaba el mueble blanco y sin embargo me pilló la mañana tratando de que la llave entrara en cada mueble que aún permanecía apilado, ahí se fue la esperanza de la herencia que dejaste, cayeron de nuevo lágrimas de rabia, luego de soledad por la rutina de ir a verte una vez a la semana, de escuchar tu voz y deseé escucharte, abrazarte y decirte adiós. Que sigan buscando mis hermanas el dinero que nunca encontrarán, yo te pido perdón por la ambición de los tres y seré sin duda el único que no halle el olvido infinito.

51- NADA

María Alejandra Civalero Mautino
Clucellas (Santa Fe- Argentina)

Llegué a esa casa buscando una respuesta, una explicación a la carta que había recibido esa semana. En realidad no era una carta sino una foto, ni una palabra ni una letra. Conociendo los laberintos de su mente eso querría decir mucho sin decir nada. Era otra de sus maneras de comunicarse y confiaba en mí para descifrar sus mensajes. Era nuestro juego, aunque hacía varios meses que no sabía nada de ella. Su habilidad para la pintura me hizo pensar en un primer momento que era una toma de su última creación y me estaba invitando a ser su primer observador crítico. A ella le interesaba mucho escuchar mis interpretaciones de sus obras de arte y para mí, era como resolver un juego de ingenio o darle rienda suelta a mi imaginación, asignándole a cada trazo o pincelada un significado que revelara que conocía en profundidad a su autora. Así que, sin demorarme más, tomé mi auto y me dirigí hasta su cabaña al pie de la montaña, a unos kilómetros de mi casa en un pequeño paraje. Siempre le gustó la inspiración de la soledad, como ella le llamaba, soledad “acompañada” por lo que la apasionaba y la hacía feliz.

En el camino me pregunté por qué se había demorado tanto en contactarme y me recriminé por no haberme acercado antes para averiguarlo. Inmediatamente me respondí con una sonrisa y pensé, “a esta ermitaña no le gusta que la molesten, si ella no te busca, no la busques” ¡Todo un caso mi amiga entrañable! También me auto convencí de que debió haber estado muy ocupada en sus cosas que la alejaban del resto del mundo. Navegaba en su inmenso interior tan rico y profundo que eso justificaba sus aislamientos.

A lo lejos se divisaba el humo que salía de la chimenea y me dije, “en unos minutos estaremos compartiendo un café junto al fuego”.

Al golpear la puerta, ésta se abrió y con mi tradicional silbido anuncié mi ingreso. No vino a mi encuentro, es más, no la encontré en ninguna habitación ni en el patio. Fui a su atelier y la sorpresa fue mayor, no solo no estaba allí tampoco sino que no había ningún cuadro que se asemejara a la extraña fotografía que había recibido por correo. Al girar, vi sobre la mesa de lectura los papeles y la llave, estaban exactamente dispuestos como en la foto.

La búsqueda de mi amiga fue en vano, nunca apareció y no hubo rastros de ella. La policía trató por todos los medios de dar con la cerradura correspondiente a esa llave pero fue inútil y en los papeles no había ni una palabra escrita que pudiera servir como pista. Junto a los papeles había uno que era fotográfico, muy antiguo. Sea lo que fuera que allí estaba era tan borroso que no arrojó luz sobre la investigación.

Había llegado mi hora, debía dilucidar el mensaje, me dije en secreto. Y he aquí mi conclusión: era una llave simbólica, para que abriera la puerta de mi entendimiento y de su realidad. Esos viejos papeles estaban en blanco, mejor dicho en sepia y otros

arrugados como un mensaje descartado y luego recuperado para desandar el hecho, estirado a mano acentuando lo no escrito. Allí se leía el mensaje: la nada, el vacío. Marchas y contra marchas de una vida que parecía plena y en colores vivos pero que en realidad había sido una foto borrosa e irreconocible. Una nada abollada y arrojada a la basura, luego recolectada, planchada con el calor de la mano, lista para ser escrita, y nada. Su vida, no sé en qué momento, se había tornado esa nada y no supe darme cuenta a tiempo. No fui lo suficientemente lúcido como creía, no fui capaz de interpretar sus signos. Ahora me lamento, creí conocerla y no sabía nada de ella.

52- ESA LLAVE

Ime Biassoni

Ceres (Santa Fe- Argentina)

Muere la llave de la mentira
queriendo inundar sitios...
se abren puertas encubiertas
en un espacio diferente
atacando tiempos que muestran
esqueletos de ladrillos oscuros
y papeles de gastado almagre
suelos, sin pinza que sujete.

Se aspira el olor amarronado
de un grito detenido en la garganta
gastado en años, buscando letras
para subir palabras
de enardecidos recuerdos
aquéllos que continúan
doblando sentimientos.

53- UNA LLAVE Y MIL DESENGAÑOS

María Rosa Rzepka

Florencio Varela (Buenos Aires- Argentina)

Me has dejado:
temblando de frío
te imagino en la flor
de otros labios.
Me has dejado.
Es un tiempo de hastío,
ilusiones
muertas al ocaso.
Me has dejado
como a un traje viejo
que ha gastado en tu piel
todo el paño.

Me has dejado
en la mesa esa llave
que guardaba, celosa,
rezagos
de promesas, tan solo palabras
que en tu boca supieronme a canto
Me has dejado
temblando de angustia;
asomada mi piel al engaño.
Y este andar por la casa vacía
se me vuelve el fruto más agrio.
Me has dejado.
Entiendo que has sido
solo un ave en busca de lo alto.
Acaricio mi piel, la consuelo,
mientras busco refugio en el llanto.

54- LAS INSTRUCCIONES

Graciela Brown

General Rivas (Buenos Aires- Argentina)

-Encontrarás las instrucciones sobre el escritorio del cuarto_ me dijo Pablo, manipulando con torpeza una maleta de viaje_ Estoy sobre la hora. Llamame cuando las encuentres. Chau, que no llego.

Pablo se fue a las apuradas enredándose con el equipaje. Éramos amigos de años pero a veces me asustaba. Principalmente cuando se quedaba mirándome como si mirase a alguien más, en trance. Le duraba unos segundos y volvía a ser el atolondrado de siempre. Me había dejado las llaves de una casa que tenía en Suipacha, y el encargo de encontrar... ¿qué? Me di cuenta que no lo sabía. Y que ya había subido al taxi, alejándose. Pablo siempre hablaba muy rápido, de muchas cosas a la vez, me aturdí. No sería extraño que me lo dijera y que no lo escuchara.

Creí que si iba a la casa lo recordaría así que allá fui, a Suipacha, a la calle Salta al fondo.

Entré al edificio, ni nuevo ni viejo, diría que atemporal, si es que se puede decir eso de una casa. Las habitaciones eran corrientes. Tenía una sola puerta y estaba cerrada. Y no era el baño. La abrí. Buscando el interruptor al tanteo, lo accioné y una luz mortecina iluminó el cuarto. No tenía ventanas. Un fuerte olor a humedad me llenó la nariz. Contra la pared, frente a un sofá de pana roja que simulaba una antigüedad que no sabría calcular, estaba el escritorio. Grande, pesado, oscuro, de madera. Imponente, tenía muchos cajones y parecía abandonado, descuidado.

Miré alrededor y no había otro mobiliario. Si no fuese porque no cerré la puerta al entrar hubiese jurado que ingresé a otro tiempo, a otra dimensión. La lamparita iluminaba apenas provocando que las paredes descascaradas en los rincones me recordaran a esos cuadros oscuros del Renacimiento que vi en algún libro cuando era estudiante.

Sobre el escritorio había una llave, una vieja llave de bronce, medio negra. Me llamó la atención el color negro y no verde, puesto que era de bronce. Además, parecía muy antigua.

Estaba apoyada sobre unas hojas de papel blanco y en blanco, aunque el papel de blanco no tenía nada, más bien era sepia, con los bordes rasgados. Parecían frágiles, quebradizos. Tan viejos como la llave, pensé.

Sin embargo, estaban sostenidos por un sujetapapeles de acero inoxidable, modernísimo y práctico adminículo totalmente fuera de lugar en el conjunto. Me sorprendía que alguien se arriesgara a colocar semejante broche en papeles tan delicados.

Pablo me encargó que las encuentre (no recordaba qué debía encontrar) y me ganó la curiosidad y la bronca de no recordar o de haberme confundido o que, en realidad nunca me lo dijo. Qué sería lo que debía encontrar. Y cómo lo haría. Porque instrucciones no encontré. Me agaché para mirar debajo del escritorio. Nada. Ni en los rincones, ni debajo del sofá. Apenas pelusas y algunas manchas secas de algún líquido derramado qué sé yo hace cuánto.

Busqué una silla pero no había ninguna. Quizás Pablo traía alguna de la sala cuando usaba el escritorio. Desistí de buscarla y tomé la llave. Hice el movimiento sin pensar, mecánicamente, y rompí una esquina de la primera hoja. Eran realmente frágiles y más me intrigó el uso del sujetapapeles.

Probé la llave en los cajones hasta que cupo en la cerradura del más grande, en la mitad del mueble. Deslicé el cajón con cuidado. Estaba vacío, excepto por un tintero de principios del siglo veinte y una pluma con punta metálica, supongo que haciendo juego.

Decidí revisar los papeles frágiles. Apoyé suavemente la mano derecha sobre las hojas. Con la izquierda quité el broche. Maldita suerte, el chirimbolo cortó el papel donde lo sujetaba y eso que fui muy cuidadosa.

Levanté la mano derecha, que evidentemente había transpirado porque la hoja quedó adherida a mi palma. Traté de retirarla y la rompí. Me molestaba el cajón abierto para trabajar así que lo cerré, sacando el tintero y la pluma. Esta rodó sobre las hojas que quedaban, también en blanco (o en sepia).

Levanté la pluma y donde había rodado apareció algo escrito en una letra gótica y borrosa. Traté de descifrar lo que decía. A duras penas pude leer. Por suerte estaba en castellano.

“Siempre te he amado” decía.

Me asusté. Giré la cabeza hacia la puerta con la intención de huir. Estaba cerrada. La lamparita del techo había desaparecido. Un olor a vela quemándose invadía el lugar. Provenía de un candelabro encendido en el extremo del escritorio. Me sostuve del mueble para no caer, me faltaba el aire, creí desmayarme. Sentí algo húmedo en el piso. Me pareció sangre. El corazón se me aceleró, sentía que me golpeaba las sienas con latidos rapidísimos. Cerré los ojos para no perder el equilibrio mientras palpaba sobre el escritorio. Un dolor agudo en la nuca me hizo

tambalearse y, sin percatarme, toqué el sujetador de papeles de acero inoxidable sintiéndolo frío. La puerta se abrió.

A esta altura todo era muy confuso. Me llevé la mano a la nuca descubriendo que tenía sangre. Me había herido pero... ¿cómo? El candelabro no estaba ni la escritura ni la sangre en el piso (sí en mi cabeza). Los papeles inmaculadamente sepiados seguían sobre el escritorio.

Respiré profundamente y solté el chirimbolo de metal para irme y... otra vez la puerta cerrada, el candelabro, la escritura y el dolor agudo en mi nuca aparecieron por arte de magia. Súbitamente, recordé lo que Pablo quería que encuentre (y que sí me lo había dicho cuando hablaba hasta aturdirme):

- “Siempre te he amado” se supone que está escrito en una esquila. Eso me contaba mi abuela. Que aparece y desaparece en esos papeles. Que hay que buscar las instrucciones para leer todo el mensaje, que están en algún lugar sobre el escritorio o dentro de los cajones. Yo nunca pude y eso que busqué y busqué. Vas a pensar que mi abuela estaba loca pero te aseguro que no. Vos sos sensible, sos tan espiritual. A lo mejor vos podés. Y cuando encuentres las instrucciones, podré seguir las hasta ella. Hasta esa mujer que me traicionó en mi otra vida y me atormenta por las noches en esta. Y volveré a matarla de un palazo en la cabeza. Chau, que no llego.

55- ¿QUIÉN SERÍA?
Georges René Weinstein
Medellín (Colombia)

Sobre una mesa
—con arrugas de tiempo—
unos papeles ajados
ocultan su rostro;
los arropan una pinza
y la llave dorada,
que mitigan el viento.

¿Cansancio, descuido,
la prueba de que alguien
no logró resguardarlos?

¿Documentos,
fotografías... quizás?
¡Nadie podría decirlo!

Lejana tristeza
por el olvido del nombre
de un escriba o fotógrafo
que nos legó su recuerdo.

56- EN BUSCA DEL TESORO DE LA TÍA RICA
Nélida Baros Fritis
Copiapó (Chile)

En Estación Central en calle el Guanaco n°510 en los años 60 se ubicaba la casa de la costurera, Sra. Rosa Rojas G. A ese lugar había llegado Emily González R., desde Copiapó. El propósito de la jovencita era trabajar y aprender costuras, la mejor maestra sería su tía Rosa. La sobrina joven y buena moza, de carácter amable y servicial se convirtió en una magnífica compañera de la tía. Emily aprendía rápido y disponía toda su atención para el trabajo de costurera que se presentaba en el taller. Era creativa, tenía buen gusto para seleccionar colores y modelos que atraían a la clientela. En poco tiempo las ganancias aumentaron, lo que obligaban a una expansión del local y emplear dos operarias. Una de alta costura y otra para ropa de uso diario, al sacar cuentas pagaban los gastos y se repartían las ganancias. Al año siguiente el invierno visitaba a la tía Rosa y se la llevó. La sobrina quedaba dueña del taller. Trabajaba bastante para juntar más dinero, no tenía amigas excepto, la dama que cocinaba y hacía los quehaceres de casa.

Emily gustaba de comprar muchos libros de diversas materias, pinturas de gente famosa, le apasionaba la música romántica y la clásica. En su taller no faltaban revistas de moda en un librero y una radio donde se oían las voces de cantantes de moda. Pronto en su local ingresaban esposas de comerciantes, señoras de políticos y se relacionaban bien con personas más letradas o estudiantes universitarias. Entonces Emily dejaba entre las clientas unos papelitos con su número de teléfono. “Lectura del tarot, se escriben cartas de amor” consulte horario.

La costura producía buenos dividendos, el tarot y las cartas de amor contribuían al aumento de sus ahorros. No depositaba el dinero en los bancos, lo guardaba entre los libros, las joyas que llegaban en parte de pago por sus servicios las depositaba celosamente en un cofre. Guardaba cartas y fotos, lo cerraba con una llave dorada, que en su parte superior tenía dibujado arabescos en forma de flor, la cual colgaba con una cadena en su cuello. Nadie tenía idea de que ella guardaba toda su riqueza bajo las tablas del piso, era un pequeño subterráneo. Encima de la puerta, ubicaba un escritorio grande, con su computador y una radio.

Un día apareció un joven de ascendencia árabe que, la cortejaba e invitaba a salir a los grandes espectáculos de ballet, musicales y ópera. Ella viajaba a diversos países de Europa, América, poseía una gran cultura y estaba decidida a casarse. Vendió el taller y sus máquinas de coser, una la regaló a la empleada, ordenó sus cosas y esperaba que terminara el verano para que llegara el joven Josep Rek, que había ido a buscar a su madre a la ciudad de Valdivia. Lamentablemente, ese día 2 de marzo del año 2000 la radio emitía una noticia que dejaba helada a Emily. El joven empresario Josep Rek sufrió un lamentable accidente automovilístico chocando con un camión, cuando salía de Valdivia para tomar el camino hacia Santiago. Fallecieron en el acto sus acompañantes, su madre y hermana.

Emily perdía el rumbo, sumida en la tristeza, no se levantaba ni comía. Una de las costureras comenzaba a visitarla y hablarle de la biblia, lentamente fue recuperando las ganas de vivir. Entraba a la pieza donde tenía el escritorio y sus colecciones de libros, leía varias horas sin que nadie la molestara. Escuchaba música y aparentaba cierta alegría. El día jueves amaneció triste, escribió una carta dirigida a su hermana Lucy, la cual no veía desde hacía 30 años, le explicaba que se hiciera cargo de la casa y todos sus enceres. El abogado Pascal Luna, estaba encargado de entregarle la escritura.....

Al anochecer recordaba que en otoño sufría de alergia y necesitaba que Micaela pusiera la estufa. Cuando la empleada apareció, pidió un café con leche y galletas. Una hora después, Mica...fue a retirar la bandeja con la taza y ella le dijo “inclina tu cabeza y le puso en el cuello la cadena con la llave”, “Esta llave es tuya, es un tesoro, cuidala.” A la mañana del día viernes Micaela notificó por teléfono a la hermana para informar el fallecimiento de su patrona.

Llegó la hermana Lucy, tres nietos y su madre, después de sepultarla,estuvieron días y noches y nunca encontraron el tesoro. El tesoro de Emily, la Tía Rica de la familia quedó en otras manos, descubrieron mucho tiempo después el acertijo que conducía al cofre del tesoro que se abría con la llave dorada. Todo estaba escrito en un libro de poesías y pegado en un poema de Machado.

57- BORDANDO RECUERDOS

Mirta Susana Maluenda

Manuel Ocampo (Buenos Aires- Argentina)

Bordando recuerdos. en ese lugar solitario,
donde tu huella dejaste, en esa casa llena de trágicos momentos,
de historias profundas de perdidas llenas de misterio.

El reloj antiguo se había agotado dormitaba en un rincón,
la vieja radio y muchos libros de auto ayuda parecían extrañarte.
en tu ropero guardabas, vestidos de colores muy alegres naranja, rojos azules
zapatos sin estrenar y colección de secretos.

Sobre el escritorio encontré, algunas cartas amarillentas, con un broche
sujetadas,
las fotos al revés y ya en sepia por sus años, sobre papel manteca, arrugado
estaban,

Solo llamo mi atención el número 100 en uno de sus lados.

Una llave de bronce tan bonita, como nunca había visto, dormitaba sobre esos
papeles
añejos, llenos de polvo y misterio, quizás esa llave guarde recuerdos en el silencio.

En ese instante, en esa atmósfera revuelta de voces del pasado, de ausencias,
de inquietas almas llenas de secretos decidí permanecerlos en resguardo.

Guardé en un cofre de madera que encontré en ese mueble viejo color amarillo
las cartas, fotos y todo lo que estaba sujeto junto con esa bonita llave,
secretos de esa historia para que perdure en el tiempo,
navegando en un profundo sueño.

58- EL LEGADO
Nancy Ciopettini
Villa Carlos Paz (Córdoba- Argentina)

Aquella noche la mujer se quedó dormida, apenas se acostó sobre la mullida cama, estaba exhausta.

Dormía muy profundamente, cuando de pronto, se despertó sobresaltada, parecía oír a lo lejos una voz que la llamaba, abrió los ojos pero en la oscuridad de la habitación no vio a nadie. Intentó dormirse nuevamente. Cuando lo logró, nuevamente aquella voz insistente le habló diciéndole que tenía trabajo que hacer, esta vez vio a una figura totalmente blanca, muy luminosa, que tenía una llave muy antigua de color dorado y amablemente la invitaba a seguirla, la mujer se incorpora y camina hasta aquella figura, al llegar allí las dos aparecen como en un túnel, van muy de prisa, la figura blanca la calma diciendo que todo está bien, al fin llegan a un lugar maravilloso, todo cubierto de flores blancas, azules, rojas, de distintos colores y variedades, entran en una habitación donde hay una mesa con dos sillas y un cofre. La blanca figura acerca la llave a la mujer diciéndole que es el Ángel del Camino, que está ahí para acompañarla y mostrarle algo, le indica que debe dar tres vueltas de llave para abrir aquel cofre que tiene información muy importante para ella.

Cuando la mujer abre el cofre, ve como dos fotografías muy antiguas, su papel está amarillento, ajado por el paso del tiempo, tomadas con un clips de metal, le siguen otros papeles en igualdad de condiciones, en uno de ellos aparece el número 100, todo es un completo misterio. Al mirar las fotografías la mujer no reconoce a nadie, comienza a preguntar y el Ángel del Camino le responde que debe mirar, observar, leer y grabar en sus retinas todo lo que allí vea, porque no puede llevarse nada de allí, solo puede decirle que todo eso pertenece a sus antepasados, los registros allí guardados son “su legado”, están escritos en un idioma muy antiguo, que llegado el momento le será develado, pero todavía no es el tiempo de hacerlo. Solo debe saber que esto existe y deberá prepararse para la misión encomendada. La mujer se queda absorta, sin comprender lo que está pasando.

Al ver la confusión, el Ángel del Camino la tranquiliza, la abraza en señal de protección, le dice que confíe que todo a su tiempo será revelado y así podrá entender. Ahora es tiempo de prepararse.

La mujer y el ángel comienzan a volver, primero muy despacio, luego muy abruptamente, tanto que la mujer se despierta con una sensación de caerse de la cama.

La confusión es total, ya no sabe a estas alturas si lo que pasó fue real o si fue un sueño. Busca y busca incesantemente sin encontrar ningún indicio de que sea real. Durante el día, muchos pensamientos pasan por la cabeza de la mujer, mientras que durante la noche, nuevamente el ángel muy suavemente le dice al oído: “empieza a prepararte para lo que viene”.

Hace tiempo ya, que está preparando su camino espiritual para llevar a cabo “su legado”, todavía no es tiempo.

Ella sigue preparándose y esperando el momento indicado, el número 100 es la clave de todo.

59- CONFESIÓN
Beatriz Chiabrera de Marchisone
Clucellas (Santa Fe- Argentina)

Yo la mate, Padre. Nadie me vio porque tomé todas las precauciones necesarias. Está bien, usted me dice que si tomé las precauciones es porque lo tenía premeditado, pero no. Yo no planeé matarla; las cosas se fueron dando de a poco. Usted sabe cómo son esas cosas, uno se pone loco y no puede parar. Más de uno le habrá contado lo mismo, pero claro, usted no puede revelar lo que otros le cuentan, no? Lo mío no fue ni defensa propia, ni emoción súbita o como quieran llamarlo. Bueno, quizás emoción súbita sí. Pero también fue amor. Sí, amor. Y celos. No, no había tomado ni una gota de alcohol, así que estaba en mis cabales y en total conocimiento de mis actos. Pero estoy libre. Sí, libre, como lo escucha. Angustiado pero libre. Usted pensará cómo es eso, pero es así. Y por qué tomé la decisión de matarla. Porque encontré la llave Padre, y las cartas. Estaban guardadas en una caja de madera labrada. Descoloridas, ajadas por los años, pero con la tinta intacta y legible. Todas esas cartas Padre, escritas con tanta pasión. No Padre, nunca lo sospeché. Estaba buscando otra cosa y apareció esa maldita llave. Jamás pensé que Irina me engañaría. Encontrarme con esas esquelas escritas de puño y letra por otro hombre me despertaron a la realidad. Fue demasiado Padre; no pude soportarlo. Por eso la maté. Ahora estoy más tranquilo; pero ella ya no está. Si no hubiese sido por esa maldita llave...

Índice

- 1- Llaves
Anahí Duzevich Bezoz –Cañada de Gómez – (Santa Fe- Argentina)
- 2- Cuando María de Carrión
Daniel de Culla - Valledado- (Segovia- España)
- 3- Memoria
Sonia Martínez- Bell Ville (Córdoba- Argentina)
- 4- Abrir es para cerrar
Justina Cabral – Mar del Plata (Buenos Aires- Argentina)
- 5- Recuerdos de antaño
Miriam Fernández- Mar del Plata (Buenos Aires- Argentina)
- 6- Llave
Griselda Bonafede- Suncháles (Santa Fe- Argentina)
- 7- Tintas de amor
Emilio Itatí Rodríguez –Resistencia (Chaco- Argentina)
- 8- La llave salvadora
Clara Gonorowsky- Mendiolaza (Cordoba – Argentina)
- 9- La llave
Sonia Rovegno- Montevideo (Uruguay)
- 10- Bajo llave
Alicia Borgogno- Cañada de Gómez (Santa Fe- Argentina)
- 11- Un papel facetado
Lidia Leticia Risso- Buenos Aires (Argentina)
- 12- Un muerto en el ropero
Jorge E. Bossa- San Francisco (Córdoba- Argentina)
- 13- Hace tiempo
Inés Quiléz de Monge- San Francisco (Córdoba- Argentina)
- 14- Viejos recuerdos
Néstor Quadri- Buenos Aires (Argentina)
- 15- Identidad
Juan Herrón González- Madrid (España)
- 16- Todo es sepia
Laura Pérez Suárez- Pergamino (Buenos Aires- Argentina)
- 17- Recuerdos
Olga C. Schmidt- Rafaela (Santa Fe- Argentina)
- 18- Enfurecidos de ausencia
Marta Melero- Berisso (Buenos Aires- Argentina)
- 19- Misterio
Norma Morell- Arroyo Dulce (Buenos Aires- Argentina)
- 20- Tengo poesía I
María Crecencia Capalbo- Pergamino (Buenos Aires-Argentina)
- 21- Secretos de familia
María Cristina Briante –Vicente López (Buenos Aires-Argentina)
- 22- Secretos de familia
Susana Solanes- Rosario (Santa Fe- Argentina)
- 23- El piano
Griselda Bosi- Los Hornillos (Córdoba- Argentina)
- 24- Intimidaciones
Griselda Isaida Morand- Villa Ángela (Chaco- Argentina)
- 25- El secreto
Olga Nora María Mansilla- Rosario (Santa Fe- Argentina)

- 26- Papeles de Jeanne Hetuberne para Amadeo Modigliani
Edmundo Kulino- C.A.B.A. (Buenos Aires- Argentina)
- 27- La ceguera
Brenda Alzamendi- Montevideo (Uruguay)
- 28- Tardes de confinamiento
Beatriz Martín- Santa Cruz de Tenerife (Canarias- España)
- 29- Recorriendo mis preguntas
Eduardo de la Vega- Maipú (Mendoza- Argentina)
- 30- La llave del anciano
Juan Carlos Sinnott- La Plata (Buenos Aires- Argentina)
- 31- Una llave multicolor
Edita Gaite- Rosario (Santa Fe- Argentina)
- 32- Aquella llave
Claudia Fernández- Balcarce (Buenos Aires- Argentina)
- 33- El ropero
Mario Katz- Ciudad de Buenos Aires (Argentina)
- 34- La llave
Leonor Ase de D'Aloisio- Pergamino (Buenos Aires- Argentina)
- 35- Retazos de vida
Cristina Gioffreda- C.A.B.A. (Buenos Aires- Argentina)
- 36- Dejaste la llave
Norma Leonor Degano- San Francisco (Córdoba- Argentina)
- 37- La llave
Juan Carlos Gruski- Avellaneda (Santa Fe- Argentina)
- 38- Las fotos del baúl
María Elena Singh- La Carlota (Córdoba- Argentina)
- 39- Quiero?
Rita Perlo- Vila (Santa Fe- Argentina)
- 40- Sepia
Rosa Lía Cuello- Cañada de Gómez (Santa Fe- Argentina)
- 41- La casa de mi abuela
Ricardo José Montenegro- Villa Ballester (Bs As- Argentina)
- 42- Un viaje al pasado
Soledad Ayala- Vila (Santa Fe- Argentina)
- 43- Contenidos en contexto
Anselmo Miguel Molinas- Santa Fe (Argentina)
- 44- Imaginación
María Cristina Noguera- Pergamino (Buenos Aires- Argentina)
- 45- En la eternidad
Nilda Fux- Rafaela (Santa Fe- Argentina)
- 46- Intrascendencia
Yanet Helena Henao Lopera- Medellín (Colombia)
- 47- Recuerdos de familia
María de los Ángeles Albornoz- Monteros (Tucumán- Argentina)
- 48- Nadie nada nunca
Diego Lanis- C.A.B.A. (Buenos Aires- Argentina)
- 49- El diario de Zoe
Jorge Emilio Bossa- San Francisco (Córdoba- Argentina)
- 50- La herencia
Hilda Olivares Michea- Chañaral (Chile)
- 51- Nada
María Alejandra Civalero Mautino- Clucellas (Santa Fe- Argentina)

- 52- Esa llave
Ime Biassoni- Ceres (Santa Fe- Argentina)
- 53- Una llave y mil desengaños
María Rosa Rzepka- Florencio Varela (Buenos Aires- Argentina)
- 54- Las instrucciones
Graciela Brown- General Rivas (Buenos Aires- Argentina)
- 55- ¿Quién sería?
Georges René Weinstein- Medellín (Colombia)
- 56- En busca del tesoro de la tía rica
Nélida Baros Fritis- Copiapó (Chile)
- 57- Bordando recuerdos
Mirta Susana Maluenda- Manuel Ocampo (Buenos Aires- Argentina)
- 58- El legado
Nancy Ciopettini- Villa Carlos Paz (Córdoba- Argentina)
- 59- Confesión
Beatriz Chiabrera de Marchisone- Clucellas (Santa Fe- Argentina)

OTRAS ANTOLOGÍAS:

- “Bosque oscuro” - Taller virtual 1
- “Una botella al mar”- Taller virtual 2

Esta antología fue editada
por Beatriz Chiabrera de Marchisone
en mayo de 2020.

Diseño de tapa: María Virginia Marchisone

Clucellas- Santa Fe- Argentina